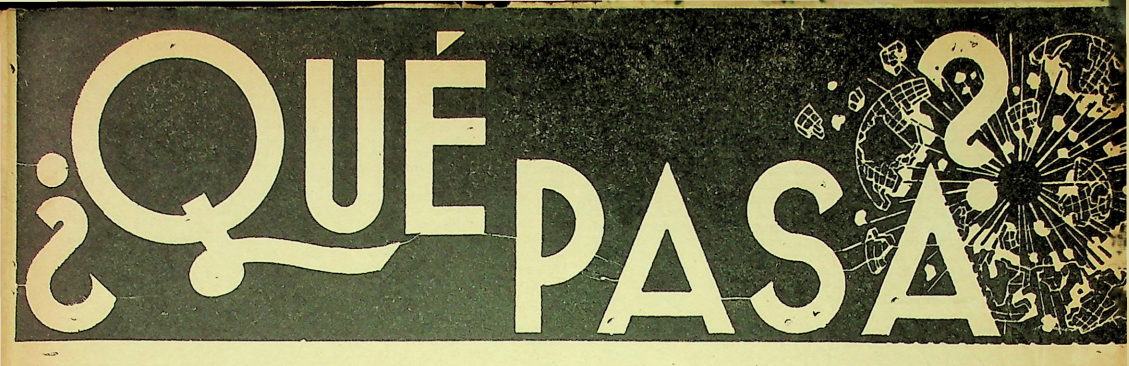


SEMANARIO INDEPENDIENTE - DIRECTOR, JOAQUIN PEREZ MADRIGAL - AÑO X - N.º 505 - 1-IX - 973

CON ESPOLETA RETARDADA

Yo prefiero el asno, señor Pemán

Por EL VIGIA

¿Se acuerda usted, don José María, de la que armó cierto día en la Universidad de Salamanca? Era —en plena guerra de Liberación— la apertura de curso. Se le designó a usted para que diese la lección inaugural. ¡Qué lección, madre mía! Suscitó lo que el conde de Rodezno —ministro de Educación entonces— llamó *«match» de locura.* Don Miguel de Unamuno, el general Millán Astray y usted en aquel acto ofrecieron un espectáculo inolvidable, no sé si muy universitario, pero sí, desde luego, muy universalista. Como que el universo mundo lo conoció, lo comentó y lo entendió o no lo entendió. Yo, a mi manera, sí lo entendí.

¿Qué ocurrió en aquella apertura de curso de la Universidad de Salamanca para que usted, don José María, provocase aquella trifulca? Pues ocurrió, sencillamente, que no estaba la cosa para torneos académicos ni filosóficos. Usted, por aquel tiempo, hacia la guerra; militarmente uniformado, arengaba a los artilleros, a los fusileros y granaderos de Infantería por los frentes, y a las masas civiles, en tensión patriótica, por la retaguardia... Usted no se mordía la lengua, don José María; mordía feroz la de los enemigos... Era que usted, como todos los españoles de aquel tiempo, sabía que si queríamos sobrevivir con España a salvo, tendríamos que consagrarnos a una sola misión: la guerra, la guerra... Los oradores, los poetas como usted, don José María, mediante la acción que engendra la palabra directa, vibrante, encendida, alentadora y sublime, dotaron de móviles altísimos, para el combate y la victoria, a los combatientes por Dios y por España. ¡Cuántos héroes ofrendarían sus vidas espoleados por la arenga, recién oída, de don José María Pemán! Tales arengas, ardientes, definitorias, acusadoras, concretísimas, venían a mandar, en más bellas y cinceladas frases, claro está, algo como esto: «*¡Duro y a la cabeza! Por la libertad y la salvación de la Patria, por nuestra fe de cristianos y nuestra honra de españoles, hay que aniquilar, allí donde se encuentren, a los liberales, masones, separatistas y marxistas!*» Y es natural. La expresión doctrinal de todo eso no le pareció bien, como inicio de curso, al rector de la Universidad de Salamanca, don Miguel de Unamuno, quien hizo uso de la palabra y se armó la que se armó.

Sin embargo, aquello estuvo bien. Era una guerra a vida o muerte. Había que sobrevivir con España a salvo. Y hacer la guerra con todas sus consecuencias. La doctrina, la palabra, la acción, directas, directísimas.

Pero —¡ay!— han transcurrido unos siete lustros. Hemos sobrevivido; algunos muy ricamente por cierto. Y como si quisiéramos descargar nuestra conciencia de las andanadas directas, directísimas, que hubimos de disparar para aniquilar al enemigo y salvar a España, nos dedicamos —no pocos— a disparar andanadas indirectas contra los salvadores. Y a eso no hay derecho. Cultivar las «indirectas», desencadenar preparaciones artilleras a base de andanadas «indirectas» contra los que todavía combaten y salvan porque tenemos ahí mismo «a Rusia, a China y a la Gran Patraña», merece una severa reprensión. ¿No opina lo mismo don Vicente Gallego, tan abecedario como don José María?

En el año 1929 publicó usted, señor Pemán, un libro titulado *El hecho y la idea de la unión patriótica.* Constaba el libro de 400 páginas y lo avalaba un prólogo del general Primo de Rivera. Quería ser esta obra algo así como el manual del buen patriota, del buen ciudadano que delegara en el Dictador sus libertades y derechos democráticos, en repulsa universal de una Monarquía Liberal Constitucional y Parlamentaria, de la que usted, señor Pemán, decía:

La política de la Restauración —conveniente y elogiable por otros conceptos— llevaba sobre sí un pecado original de insinceridad, de artificialismo. Nace de un pacto, de una tregua, de una componenda. Sobre toda ella —sobre sus instituciones y sus costumbres— por muy hábil que fuese la aguja de Cánocas, todo tacto un poco delicado percibe las puntadas ásperas del zurcido.

Había que aquietar, por un lado, a los revolucionarios del 68, y por otro, a los beligerantes de las guerras civiles; había que esquivar, pues, en bien de la paz, muchas afirmaciones y esfumar muchas líneas. Cualquier sinceridad excesiva, cualquier ruta decisivamente emprendida podía resucitar recelos y discordias. Cánovas lo dice, y lo repite con melosidad de diplomático: NO HAY VENCEDORES NI VENCIDOS.

Este origen tenía necesariamente que proyectar sobre toda la política restauradora un medio tono indefinido, artificial, insincero. Por eso —como dice Ortega y Gasset— «la Restauración fue un panorama de fantasmas y Cánovas el gran empresario de ellos». Por una parte, para no escandalizar al gran soporte burgués y conservador, era preciso rehuir todo camino ancho de reforma; era preciso no tocar en ninguna víscera de la raza, porque ésta enseguida «respondería dando una embestida, levantando sus dos brazos, su derecha y su izquierda, en fuerte contienda saludable». Y de aquí surgen las reformas tímidas, las leyes incoloras. Por otra parte, era preciso en un país así detenido en su marcha, petrificado, «falto de realidades liberales» (frase de Osorio y Gallardo), darle apariencias progresivas, vestirlo a la moda europeo. Y de aquí nacen las instituciones sinceras, las leyes hechas, desde su origen, para escamotearse; las enormes formas vacías: partidos, elecciones, parlamentos, etc. Por otra parte, era necesario hacer posible la rotación prevista de los partidos, el cambio alternado de colores de nuestra escena política. Y surge, de un lado, esa Constitución mínima, llena de silencios prudentes y de omisiones voluntarias, y, de otro, ese partido liberal domesticado, creado por el propio Cánovas, como una especie de buen diablo o pobre diablo, con que se complete este cuadro paradisíaco.

Vemos, pues, que a don José María, bajo la dictadura de un ilustre general monárquico, la Restauración le encocoraba. Abominaba de la Restauración.

Decía más el señor Pemán a propósito de la inconveniencia de la Monarquía Liberal Constitucional y Parlamentaria. Decía en aquel libro lo siguiente:

La nueva política, como la nueva guerra, necesitan de verdad, eso que hasta ahora sólo de mentira se había incorporado a ella: el pueblo. Pero no el pueblo amorfo, desorganizado, representado falsamente por unos partidos y unos electores, sino al pueblo verdad, al pueblo-sociedad, organizado en núcleos y funciones. La nueva política no puede ser una actividad profesional, de círculo electorero o salón de conferencias: tiene que ser una bullidora y total actividad de colmena que llene todas las celdillas nacionales. Todos tenemos que ir a la nueva política, como todos tenemos que ir a la nueva guerra. La guerra y la política de hoy no es ya de profesionales, sino de ciudadanos. La ciudadanía es el servicio obligatorio de la paz.

En suma, don José María, ¿por qué principios constitucionales se pronunciaba ustes en aquel libro? Constan estampados en la página 347. Usted pedía entonces:

- *El rey, asistido de un Consejo para que pueda desarrollar las prerrogativas inherentes a la realeza.*

15 PTAS.

(Pasa a la página siguiente.)

(Viene de la página anterior.)

• *El Poder ejecutivo, vigoroso y libre de la fiscalización menuda de las Cortes.*
• *Las Cortes esencialmente LEGISLADORAS, con representación orgánica y Cámara única.*
• *El Poder judicial independiente.*

Yo sospecho que lo que hace cuarenta y cinco años pensaba y reclamaba usted, señor Pemán, ha cristalizado y es lo que tiene en esta Monarquía Católica Social y Representativa. ¿Sí o no? A lo que se ve, o por lo que no se ve claramente en sus recientes artículos abecedarios, usted se indigna un tanto porque la juventud española y el mundo del trabajo enriquecido y ennoblecido en lo social, se oponen a que se haga de este Reino lo que el Ejército, la aristocracia y la nobleza de hace cuarenta y tantos años hicieron del general Primo de Rivera y de sus frustradas uniones patrióticas. Verá usted. A la juventud española, estudiosa y paciente, disciplinada y heroica, y a las masas trabajadoras del país —nacidas entre explosiones, miseria, derrumbes, fango, sangre y lágrimas—, les repugna la Restauración de la Monarquía de Cánovas por la causa que, directamente, como es necesario hablar y escribir, le voy a recordar.

La Dictadura del general Primo de Rivera demostró que España, sin la Constitución y sin el Monarca constitucional, era feliz, y también que con el Monarca constitucional y con la Constitución, España habría desembocado en la anarquía y el desastre.

Sin embargo, la dictadura era insoportable, el dictador un tirano. Era menester deponer al general Primo de Rivera y «volver a la normalidad constitucional», o sea, volver a la anarquía y al desastre que engendraron en septiembre de 1923 la necesidad de la dictadura. Y, en efecto, como lo que se pedía era aparentemente muy razonable: que se le devolviese al Rey la plenitud de sus derechos soberanos y, con ello, al pueblo las libertades que se regulaban en la Constitución, pues el propio Monarca, ayudado por la Grandeza y por la Nobleza, por el Ejército y por los viejos y nostálgicos políticos del régimen, se dispuso a derrocar al Dictador.

Los partidos de izquierdas, los partidos revolucionarios, sus tribunos y sus periódicos no pedían otra cosa: que se aniquilase al dictador. Contra el rey y contra la monarquía no había nada; al contrario, reclamaban su constitucional fortalecimiento.

Don Alfonso XIII se inclinó por «la vuelta a la senda constitucional», despidió al Dictador, le sustituyó por el Jefe de su Cuarto Militar, general don Dámaso Berenguer, y a las fuerzas revolucionarias se les dio todo hecho. Antes de dos años de haberse iniciado la vuelta a la normalidad constitucional, el rey de España abandonaba el Trono y la nación comenzaba su pasión y su calvario.

A la sazón, los mismos hombres de 1929, con más alarde y con más crímenes a su cuenta que en el pasado, apelan a idénticas añagazas, a idénticos ardides... «*Hay que volver a la normalidad, restaurar la monarquía constitucional y parlamentaria. Hay que olvidar, que perdonar, que liberalizar y pacificar el país*». ¿No es eso, don José María? ¿Sí? Pues mucho ojo. La experiencia del «berenguerismo», servidor de revoluciones hechas en bandeja de plata a sus promotores incapaces, no debe repetirse, no puede repetirse; el pueblo español, enriquecido por el corazón y por la sangre de su juventud estudiosa y avisada, lo impedirá, sin hurtarle al empeño los más costosos sacrificios.

Si, admirado don José María. A título sólo de observador de la realidad de mi país, no como dogmatizador de su política, que no tengo autoridad para ello, ni a ese menester he sido llamado, me atrevo a decirle que el 18 de julio de 1936 marca un nuevo modo o estilo en las luchas civiles de España. La edad de los pronunciamientos, del toma y daca, de los papelitos y de los espadones, se disolvió en el humo y en el polvo del último cañonazo de nuestra guerra de Liberación y de Cruzada. Lo que, merced a aquella guerra, fuese a ser España, ya lo es. Y es la que, hace más de cuarenta años pedía usted mismo. ¿Sí o no? Parece que no, que no es eso... Lo bueno, por lo visto, es volver a las andadas. Y reorganizar los partidos, y restaurar transigiendo, y convivir y combeber pactando, y extendiendo a los bovinos el ejercicio de la ciudadanía. Usted lo dijo, señor Pemán: «*Los bueyes son los únicos ciudadanos perfectos que conozco.*» Que se otorgue derecho de ciudadanía a los animales no me parece mal. ¿Acaso no soy yo animal y ciudadano? Pero a los fines de la recuperación integral de España los buyes no me gustan. Yo prefiero el asno. Si. ¿Por qué? Porque el asno, según dicen, es el animal, a diferencia del hombre, que no tropieza dos veces en la misma piedra. En esa piedra contra la que, por poco, hace treinta y siete años nos rompemos la crisma. Que es la misma piedra, don José María, con la que usted, gaiano y erudito, viene saliéndonos al paso...

El Seminario de Misiones Extranjeras de Burgos, ha sido vendido por el I. E. M. E. a la Compañía de Jesús

¿SE VA A ESTABLECER EN EL LA FACULTAD DE CIENCIAS EVANGELICO-MARXISTAS?

ESCRIBE, LUCAS DEL VALLE Y HEREDIA
DELEGADO MISIONES EXT. ORIENTE S. J.

De profundo disgusto y hondo malestar podemos calificar el ambiente que reina en la capital burgalesa.

El Seminario de Misiones (Instituto Español de San Francisco Javier para Misiones Extranjeras, I. E. M. E.), ha sido vendido a la Compañía de Jesús, la cual ha pagado por toda la edificación y anexos la suma total de cincuenta millones de pesetas.

La triste noticia —como la califican los burgaleses—, que ha sido publicada por la prensa local, ha causado un fuerte impacto y profundo malestar entre la población, que mantenía con orgullo, en su seno, dicho centro eclesial, como semillero de vocaciones sacerdotales, y en el cual se han venido formando los más prestigiosos misioneros españoles que actualmente trabajan en las áreas geográficas del Tercer Mundo.

Bien, es cierto que, desde hace dos años y por diferencias surgidas entre los misioneros del I. E. M. E. y la Curia Diocesana del Arzobispado de Burgos (según documentos que lo atestiguan y que obran en nuestro poder), éstos se vieron obligados a dispersarse, marchándose a Madrid, donde viven agrupados en pisos particulares, y desde entonces, dicho Seminario de Misioneros ha permanecido cerrado, ante el dolor de los habitantes de esta tierra nobilísima.

En medios eclesiales del Arzobispado, y según sondeo que hemos realizado entre más de un millar de personas de la capital, la operación de compra-venta, entre jesuitas y miembros del I. E. M. E. es calificada muy duramente y como un ultraje no sólo a la memoria de los que cedieron los terrenos para la edificación del Seminario —la ilustrísima señora viuda de Arcocha—, sino a la de todas aquellas familias de Burgos con cuyo sacrificio y sudores se sufragaron desde la primera piedra hasta el último ladrillo para construir unos inmuebles, en base pactada —se nos dice—, que nada tiene que ver con el destino que se le acaba de dar, espaldas al pueblo que lo donó.

Si bien es verdad que el presidente de la Real Academia de la Lengua, don Dámaso Alonso, en algo que es menos trascendental ha declarado «que el pueblo habrá de decidir si continúa la palabra whisky en nuestro Diccionario (véase «La Gaceta del Norte», de 12-8-73, pág. 8, Vizcaya), creemos que, en algo mucho más importante que el whisky, como es la transacción efectuada entre miembros del I. E. M. E. y los jesuitas, sin consulta al pueblo «pagano», a éste se le debe dar una pronta y rápida contestación, pues hasta la fecha no se dio respuesta a la pregunta que flota en todos los medios burgaleses... ¿A QUE SE VAN A DESTINAR ESOS 50.000.000 DE PESETAS?

Es tanta la merajada y oleadas de protesta que se han iniciado hacia los ambientes eclesiales de Burgos, que nosotros sólo nos queda que añadir, también con pena, que BURGOS, la «Caput Castillae», reserva espiritual de España, no ha quedado exenta de la tremenda crisis que comienza a hacer mella en la Obra Misionera por medio de sus centros de formación.

Un girón del gran corazón de este noble pueblo del Cid se ha desprendido.

¿QUE PASA?
SEMANARIO INDEPENDIENTE
(Depósito legal: M. 7-1964)
DIRECCION Y REDACCION: Lagasca, 121. — MADRID-6. — Teléfono 261 37 97.
ADMINISTRACION: Dr. Cortezo, 1. MADRID-12. — Teléfono 230 39 00.
Empresa editora («Revista ¿QUE PASA?»), REQUEPA. Lagasca, 121. MADRID-6. Teléfono 261 37 97.
Imprime: Sáez. — Hierbabuena, 1. — MADRID-20.

PRECIOS DE VENTA Y SUSCRIPCIONES PARA ESPAÑA

Número suelto	15 ptas.
Suscripciones:	
Semestre	350 ptas.
Anual	650 »

PARA EL EXTRANJERO

Hispanoamérica, Portugal y Marruecos, suscripción anual	700 »
Países de Europa, suscripción anual	900 »
Resto del mundo, suscripción anual	1.000 »

Por si sirve de algo

LA REPUBLICA QUE SE DISPONIA A GOBERNAR EL SEÑOR GIL ROBLES

Por JOAQUIN PEREZ MADRIGAL

En socorro de los separatistas vascos acudieron socialistas y republicanos de izquierda. Indalecio Prieto presidió en Zumárraga una asamblea de parlamentarios —catalanes y vascos— encaminada, sin duda, a subrayar la eficacia contrarrevolucionaria del Gobierno Samper, en el que formaba, por cierto, don Salvador de Madariaga, en aquel tiempo el arquetipo más ilustre de los cipayos.

En *Historia de la República española*, de Melchor Fernández de Almagro (Biblioteca Nueva, 1940, Madrid), se dice:

«Este inmoral oportunismo revolucionario se hacía notar más aún, si cabe, en el caso concreto de Prieto, que tanto había batallado contra aquellas fuerzas en la política bilbaína y en el Parlamento, contrario por entero a la interpretación nacionalista del Pacto de San Sebastián y partidario a ultranza de toda centralización. Pero todos los antagonismos eran sacrificados a consignas emanadas del extranjero y admitidas con el regocijo que da el propio convencimiento por el ala extremo-izquierda de las fuerzas revolucionarias, en fraude de las que, formando a la derecha, no estaban probablemente en el secreto. Comunicaciones procedentes de los Comités directivos de la Segunda y Tercera Internacionales y de la masonería cayeron en poder de la Policía, que hacía registros, de los que el Gobierno no hizo derivar, por lo común, sus naturales consecuencias. El incentivo que logró la fusión de todas las sindicales obreras en el frente común, tenazmente gestionado por Largo Caballero, no era otro que éste: la implantación en toda España de la Federación de Repúblicas libertarias, calcada en la estructura de la U. R. S. S. Por una de las claves descubiertas se conoció esta consigna: «Dentro de la primera decena del mes de agosto se publicará en «A B C» una esquela de defunción a nombre de Javier Pérez Lafuente, del comercio, con la coletilla de que sus amistades rueguen por su alma; a continuación un horario de misas en el mismo Bilbao. El día señalado para estos sufragios es el señalado para el levantamiento y la hora debe interpretarse así: 6 m. por 9 n.; 7 m. por 11 n.; 9 m. por 12 n.; 10 m. por 1 madrugada; 11 m. por 2 madrugada. Si se altera esta consigna se dará cuenta de otra, aunque lo más fácil es que la insurrección se produzca dentro de este horario, ya que dentro de nuestras posibilidades entra el dominio de la energía eléctrica, como ya dijimos en otra. Ese día, todas las R..., con sus efectivos, se distribuirán así: Sur, Vallecas y Este, en Gobernación, con las fuerzas allí designadas por los *partidos coligados*; Carabanchel y Oeste, en la misma forma, en Comunicaciones. Las R. de la J., con las Juventudes socialistas y republicanas, rodearán los cuarteles, siguiendo las órdenes de la J. M. R., las cuales se recibirán a un tiempo. Los secretarios de las R. garantizarán el enlace con todas las RR. del P. y de las J., y ellos darán la orden de acción y concentración según las reciban de los directores del movimiento. Tened en cuenta que en tanto se desenvuelva el movimiento, los jefes de los partidos coaligados pactarán con el más alto poder el cese de la insurrección.»

¿Se han fijado ustedes? El señor Fernández de Almagro no lo subraya. Pero el detalle es fundamental. Los jefes de la revolución marxista-separatista, que se aplazaría hasta el mes de octubre, tenían acordado *pactar con el más alto poder* (el presidente de la República) *el cese de la insurrección*.

De los meses de mayo a septiembre sucediéronse los conflictos de carácter social y político que ya eran endémicos al través de la Monarquía Constitucional, de la Dictadura Militar, de la contradictadura del general Berenguer y de la República del Gobierno provisional y de las Constituyentes. ¿Cuántas décadas no venía padeciendo España la sangría de buscar y no hallar un acomodo constitucional que la mantuviera en paz? A la sazón se produjeron atentados como el que le costó la vida al general don Fernando Berenguer; descubrimientos de depósitos de armas y explosivos en las Casas del Pueblo, en los domicilios de diputados de izquierdas y hasta en la Ciudad Universitaria, de la que era secretario el catedrático don Juan Negrín. Huelgas de la construcción y de tipógrafos; alijos de armas como el de San Esteban de Pravia, destinadas a los socialistas de Asturias.

Acababa de ser sofocada la huelga de campesinos. Del carácter de este movimiento, que Salazar Alonso afrontó con gran energía, dará idea el siguiente llamamiento de los organizadores:

«*A todos los obreros de la ciudad y el campo.*—El país entero vibra bajo el avance poderoso de las fuerzas de la revolución. Un día tras otro, legiones de proletarios alzan sus puños de hierro al grito de ¡*Así no podemos ni queremos vivir más tiempo*! Las ciudades y los campos se estremecen ante la avalancha arrolladora de los que luchan contra este régimen de miseria y de terror y por dejar de ser esclavos. El Gobierno de verdugos, con su perro sanguinario y feroz, Salazar Alonso, ese odioso y miserable Dollfus español, que eriza las ciudades y los campos de tricornios y fusiles, que organiza las masacres de los trabajadores revolucionarios, quiere ahora aprovechar la huelga de los obreros agrícolas para ahogar en sus manos toda la revolución. De ahí toda esa acelerada y criminal preparación de las leyes de represión (estado de alarma, monstruosas cadenas de los Tribunales de Urgencia, ley infame contra las huelgas, la pena de muerte, clausura de los Sindicatos revolucionarios, persecución sañuda contra el partido y la juventud comunista, etc.) para dar el golpe decisivo a la revolución e instaurar un nuevo régimen de dictadura fascista, bajo la inspiración del católico fascista Gil Robles, el representante de los grandes capitalistas, banqueros y usureros. ¡Las batallas decisivas van a librarse entre la revolución y la contrarrevolución! ¡Aprestémonos todos para la lucha! ¡Respondamos a los infames y sanguinarios propósitos de toda la contrarrevolución con un nuevo gigantesco 12 de abril, más grandioso y contundente! ¡Hagámosles morder el polvo a todos los que siembran el hambre, el terror y la opresión! LA LUCHA QUE VA A ENTABLARSE EN LOS CAMPOS, Y QUE HA DADO COMIENZO EN TOLEDO CON GRANDIOSA UNANIMIDAD, ES LA LUCHA DE TODOS LOS TRABAJADORES DE ESPAÑA: ANDALUCIA, EXTREMADURA, CATALUÑA, VASCONIA, GALICIA; ES LA LUCHA POR SALIRSE DE ESTA INSOPORTABLE SITUACION DE MISERIA Y DE TERROR... NO HAY OTRA SALIDA DE LA SITUACION QUE LA TOMA REVOLUCIONARIA DEL PODER POR LA LUCHA INSURRECCIONAL VICTORIOSA, LLEVADA BAJO LA DIRECCION DEL PROLETARIADO, sigue el glorioso ejemplo de los trabajadores de la Unión Soviética, que bajo la dirección del partido bolchevique y de su jefe inmortal, Lenin, condujeron al triunfo de los obreros y campesinos de la odiosa Rusia zarista. ¡Haced como los obreros y campesinos rusos! Organizad los comités de campesinos, los órganos del frente único verdadero de todos los explotados, y en el curso de esta lucha ir organizando los *soviets*, los órganos que deben tomar en cada localidad, de grado o por fuerza, las palancas del poder, el único poder justo, el de los obreros, campesinos y soldados.» (*Historia de la República española*, de Fernández Almagro, ya citada.)

A todo esto, Azaña, en diversos mítines; Prieto, en otros, y Largo Caballero, desde *El Socialista* y su Secretaría Ejecutiva del partido, execraban a la República, a sus instituciones, a los partidos y los hombres —decían— que la deshonraban. Si las derechas —afirmaban— sueñan con apoderarse de la República del 14 de abril, para frustrar su intento saltaremos sobre la Constitución y, a sangre y fuego, le restituiremos al pueblo su fuerza y su libertad.

Largo Caballero había dicho, en el 51 aniversario de la fundación de la Federación Gráfica Socialista.

«Yo declaro que hay que armarse, y que la clase trabajadora no cumplirá con su deber si no se prepara para ello. Si la clase trabajadora quiere el poder político, lo primero que tiene que hacer es prepararse en todos los terrenos. Porque eso no se arranca de las manos de la burguesía con vivas al socialismo. No. El Estado burgués tiene en sus manos elementos de fuerza para evitarlo. Y sería inútil creer que podemos llegar a realizar nuestras ideas rogándoles que nos respeten ¿Quiere decir esto que vayamos a hacer locuras? Lo que quiere decir es que en la conciencia de la clase trabajadora hay que dejar grabado que, para lograr el triunfo, es preciso luchar en las calles con la burguesía, sin lo cual no se podrá conquistar el poder. Hecha esta preparación, habrá que esperar el momento psicológico que nosotros creamos oportuno para lanzarnos a la lucha, cuando nos convenga a nosotros y no al enemigo. En definitiva, habrá que luchar en las calles.»

En el diario *El Liberal*, Roberto Castrovido comentaba lo dicho por Largo Caballero:

«El último discurso de Largo Caballero es leninista. Rompe con todos los republicanos, con la actual Constitución, y rompe también con el contenido democrático y parlamentario de la República. Quiere conquistar el poder, para desde él socializar la producción y el cambio, es decir, realizar el programa máximo del partido socialista. A tal fin, propone el frente único, no sólo con los comunistas, también marxistas, sino con los bakuninistas, aliancistas, libertarios y narquistas, hoy de la F. A. I. ¡Qué de catástrofes encierra la conquista del poder para la dictadura del proletariado!»

A esa dictadura del proletariado se disponían a coadyuvar el propio Castrovido, Azaña, Martínez Barrio, Miguel Maura, Sánchez Román y sus huestes republicanas, de burgueses muy calificados.

Indalecio Prieto, a insinuación del señor Lerroux respecto a la posibilidad de que las derechas, que acatan la República, se incorporen al poder, aclara:

«Las organizaciones obreras socialistas han dado la alerta a sus afiliados y el día que sea extravasada la justicia, sabrán ir a la insurrección armada con todos los sacrificios y todos los peligros que suponga.»

A esa amenaza de Prieto se sumó Azaña en un mitin que tuvo lugar en el cine Pardiñas, diciendo:

«Ni la CEDA ni los Agrarios tienen títulos políticos para encargarse del Gobierno.

Si se nos echa de la República, nadie tendrá derecho a exigirnos respeto y adhesión al régimen; iremos, en tal caso, saltando de la Constitución a la República, y de ésta a buscar aquella masa que la trajo y la creó.»

Estas amenazadas, estos vetos de los hombres y las fuerzas vencidas legítimamente por la democracia en los últimos comicios electorales, tenían que percibirlos el señor Lerroux, el señor Gil Robles, el señor Martínez de Velasco, el señor Alvarez (don Melquiades), el señor Alcalá Zamora, presidente de la República y salvaguarda de las esencias del régimen. Oían, oían a los repudiados por la conciencia pública, manifestada en las urnas, y se sometían a los mandamientos de aquéllos antes que a los de la soberanía nacional, expresada en las elecciones. ¡Qué espectáculo! Que gobernara Samper, muy conocido en Valencia, y don Salvador de Madariaga, inglés de adopción, era lo único que daba de sí aquel Parlamento.

El señor Gil Robles no era que deconociese la tragedia que se cernía sobre España; era que no se decidió, en su sazón, a salir a su encuentro. No se explica, si no fuese así, que el señor Gil Robles dijese en Salamanca, el día 25 de febrero, lo siguiente:

«El Gobierno está agotado. Mas hay que proseguir ahora la experiencia de los Gobiernos minoritarios. Terminada, será hora de que los partidos de derecha pidan el poder. Si no se les da, será un golpe de Estado.»

El poder se lo habían pedido los partidos de derecha a la nación en las elecciones de dos meses antes. Y la nación se lo había otorgado. Si no tomaron el poder, dado por la nación, fue porque tuvieron miedo de ejercerlo sin el permiso de los desastrados pero amenazadores cipayos de las Internacionales invasoras. ¿Querían los socialistas, los separatistas, los masones, los anarquistas y comunistas que las derechas gobernasen? No, no lo querían. ¡Pues las derechas no gobernaban! Que lo hiciera el señor Samper, respetable y conocido en El Grao, y don Salvador de Madariaga, quien, aunque ni respetable ni conocido en El Grao, tenía mucha mano en el Foreing Office. ¡Qué espectáculo!

La politización de la publicidad farmacéutica

Por EL DR. F. FERNANDEZ ARQUEO

Se ha escrito mucho sobre la erotización de la publicidad; en algunos países, como los Estados Unidos, llega hasta a la propaganda electoral. La pornografía está claramente al servicio de la publicidad. En estas líneas nos ocupamos de la mezcla de la publicidad, no con el reclamo sexual, sino con ideas ajenas a la que se anuncia, y con la política, fenómeno que es más complicado, porque es más difícil distinguir en esa simbiosis quién sirve a quién o si los servidores son recíprocos. Más concretamente denunciamos la politización solapada de la propaganda farmacéutica en España. No es un fenómeno reciente; se inició discreta y sutilmente hace tres o cuatro años; lo que sí es reciente es su evidencia, fruto ya de su progresivo crecimiento, aún no desenmascarado, que sepamos, debidamente.

La creación y desarrollo del Seguro Obligatorio de Enfermedad fue un hito en la industria farmacéutica. No solamente aumentó el consumo de medicamentos convenientes, antes a veces dificultoso, sino que estableció un consumo fabuloso de otros sin más acción que la de satisfacer los más caprichosos caprichos de las masas de asegurados. Consumo posible por el simple criterio demagógico de autorizarlo y de dar sistemáticamente la razón al asegurado consumidor insaciable de específicos innecesarios.

Con esto, la industria farmacéutica ha alcanzado un valumen, siempre creciente, de miles de millones de pesetas, y de él derivan y se nutren cuantiosas inversiones en publicidad

La mayor parte de esta publicidad se envía por correo ordinario a los médicos, sin que la soliciten y gratuitamente. Es de varias clases, cuyo orden de enumeración podría tal vez coincidir, «grosso modo», con la cronología de la aparición de cada una, aunque actualmente coincidan todas las variedades. Primero fueron las sencillas tarjetas que llegaban aisladas y sueltas cantando las virtudes, cuasi milagrosas, de un producto farmacéutico. Después empezaron a difundirse, además, en forma de encarte, dentro de revistas médicas profesionales que los médicos estudiosos compraban para acrecentar sus conocimientos. Pronto se invirtieron los términos: los encartes publicitarios aumentaron tanto que predominaban sobre la información científica de la revista y llegaron a hacer posible su envío masivo y gratuito a los médicos, que están ahora así perfectamente al corriente de las últimas novedades sin gastar un céntimo en suscripciones, antes bien ganando de vez en cuando algunas pesetillas para los chicos con la venta de las ingentes cantidades de papel de esta procedencia.

Como los temas científicos son aburridos y el estudio ingrato, se pensó en combinar los encartes publicitarios con amenidades inocentes, v. gr., la caza de las focas en el polo, la formación de bancos de coral o los ritos nupciales de los bosquimanos. Revistas conocidas, como «Historia y Vida», «Selecciones del Reader Digest», «La Hora XXV», y otras publicaciones legales, también se encargan de meter los encartes de propaganda farmacéutica, semiocultos y apretados entre sus interesantes páginas, hasta la misma butaca donde sestea el sufrido médico.

Hasta aquí nada hay que objetar.

Lo que está pasando ahora es que las amenidades inocentes citadas están siendo barajadas en ciertas tribunas de propaganda farmacéutica, con otros textos ni tan inocentes ni tan amenos; por ejemplo, con temas «culturales», entrevistas a determinados personajes caracterizados, que sueltan en ellas sus puyas políticas, selecciones de artículos, ideológicos, notas bibliográficas de libros políticos ajenos a la medicina y otras formas hábiles de propaganda política. Lentamente, pero firmemente, ésta amplía su territorio de ocupación en las tribunas de noticias farmacéuticas y médicas, aunque, claro está, sin desplazar del todo a los objetivos publicitarios, que son la razón de ser y la fuente de financiación de las mismas.

Así resulta que en la periferia de una gran masa de publicidad todavía pura están apareciendo ribetes de mixturas políticas. Los más suspicaces ya empiezan a asignar colores políticos a algunas de esas tribunas y revistas. Algo parecido pasó cuando la República y en la inmediata postguerra: alguno que otro laboratorio farmacéutico tenía fama de ser de un color o de otro, que reflejaban sobre él sus más altos funcionarios con total desconocimiento de los accionistas. Hacia 1960, un famoso laboratorio italiano fue sorprendido por un agente antiespañol que deslizó en su propaganda de dentro de Italia un artículo ofensivo a España; se supo, casualmente aquí, y el laboratorio tuvo que hacer equilibrios para no perder el mercado de este país. Si el fenómeno que ahora apuntamos sigue, determinados laboratorios anunciarán en ciertas revistas y otros usarán otras tribunas. En esta situación, esos artículos «culturales», o varios, pero cargados de intención política, le hacen un flaco servicio a la honesta y pura publicidad farmacéutica, a la que honradamente deberían de apoyar en vez de servirse de ella. ¿Quién sirve a quién? ¿Quién debe servir a quién? Es notablemente infiel a los accionistas y al público la conducta de algún que otro funcionario de vocación política desorbitada.

Si mala es la falta o escasez de participación del pueblo en la política, igualmente mala es una politización excesiva, y más aún por causas vicariantes. Ni idolatría del fútbol ni política hasta en la sopa.

Hemos llegado a un punto en que es un deber pedir a los dirigentes y accionistas de los laboratorios y a los editores de su propaganda que vigilen a los otros miembros de sus propios equipos y les corten este juego. En última instancia, la Dirección General de Prensa tendría que repasar los fines declarados de ciertas tribunas y revistas médicas y exigirles la más estricta fidelidad a los mismos.

Carta abierta a don Juan-Angel Oñate, Lectoral de Valencia

Por ANTONIO ROSELLÓ BAUZÁ, Pbro.

Mi distinguido y apreciadísimo señor lectoral:

Hace ya más de tres años que, por la gracia de Dios, soy suscriptor de mi nunca bien alabado ¿QUE PASA? Lo que quiere decir que no me han pasado por alto ninguno de los artículos y escritos que de usted han aparecido en dicho semanario

He estado tentado varias veces de escribirle, felicitándole; pero como en este número 502, de 11 de agosto de 1973, escribe una carta al señor director de ¿QUE PASA?, en la que dice: **«Le escribo a usted y a los lectores de ¿QUE PASA?**, es por ello que me considero incluido entre ellos y por lo mismo gozo del privilegio de contestarle.

¿Es para censurarle en algo...?

Al contrario, le felicito por sus inapreciables escritos.

Lamento las noticias que nos da, y en cuanto a la **segunda: ¿QUE YA NO CREO EN GARABANDAL»**, sí que considero que le he de hablar.

Al **parecer**, hay motivos más que sobrados para **«no creer en Garabandal».**

«... habrán visto algo sobrenatural? Yo, mis amigos, NO LO CREO. EL QUE ESTA INMERSO EN LO SOBRENATURAL NO SUELE PENSAR EN LO TERRENO.»

¡Muy bien, don Juan...!

Pero pienso yo: ¿Cuando estas almas **videntes** decían que tenían apariciones y que les revelaban cosas celestiales, estaban **entonces INMERSAS EN LO SOBRENATURAL** o en lo terreno...?

¿Y ahora, dónde están...?

¡Ojala siempre estuviéramos **inmersos en lo sobrenatural**; pero, por desgracia, no es así...!

Y es por esto que le puedo asegurar que conozco un alma que en fecha de 23 de diciembre de 1956 y de 20 de mayo de 1957 estaba absolutamente **inmersa..., aquello sí que era una verdadera inmersión en lo sobrenatural...**

¡Si pudiera hablar sobre este asunto...!

Y ahora esta alma, de que le hablo (han pasado no muchos años) está, ¡oh dolor...! **totalmente inmersa en... el mundo.**

La serpiente infernal no ha perdido nada de su astucia, sino más bien, posiblemente, la ha aumentado.

Dios no quiera que haya sido este el caso de las videntes Conchita y Mari Cruz, que señala en la carta.

¿Pero sería posible que hubiera habido en estas videntes el cambio que ha habido en el alma de que le he hablado...?

¡Cuánta es la fragilidad humana cuando no nos sostiene la gracia de la que, a veces, nos hacemos indignos. Y más cuando el demonio ruge, para devorarnos...!

Así que, ¿no sería mejor decir: **YA NO CREO EN LAS VIDENTES DE GARABANDAL que no así simplemente YA NO CREO EN GARABANDAL?**

Cabalmente está en mi librería un libro del padre Antonio Pacios, M. S. C., titulado: «La Virgen y el Corazón de Jesús.»

No sé si lo conoce; pero por si acaso no lo conocía le manifiesto que dedica el **capítulo V: «Al cristiano y las Apariciones de la Virgen María.»**

Toda la obra la considero magnífica; pero este capítulo, indicadísimo, por lo que se refiere a **Garabandal.**

Sólo le voy a citar unas palabras de este capítulo, para que se haga una idea del mismo: 6) «Finalmente, como aún los más encumbrados en santidad pueden decaer, y aun llegar a condenarse, síguese que si bien **un vidente** es transmisor de un mensaje divino para el resto de los hombres, nunca es **intérprete** de ese mismo mensaje: es el cristiano quien debe interpretarlo **a la luz de la fe**, no a la luz de las interpretaciones del **vidente. Nuestra guía y luz ha de ser la fe, no "vidente" alguno.»**

«Como ejemplo (sigue el padre Pacios) puede tomarse el **Mensaje de Garabandal. Sólo el Mensaje** va dirigido a todos. Debe, pues, prescindirse de cuanto lo ha rodeado, que no haría más que desviar la atención. Todos estos concomitantes podrán aprovechar a quienes participaron en ellos; pero no aprovecharán al público al que no iban dirigidos.

Y el **Mensaje mismo** hay que examinarlo **a la luz de la doctrina revelada**, sin preocuparse gran cosa de si es **auténtico** o no, sino sólo si es **conforme con la enseñanza católica..»**

Creo, señor lectoral, que si lee la obra que le cito (pedidos: al autor, Rosellón, 175. Barcelona-11), posiblemente dé **un giro** a su expresión **YA NO CREO EN GARABANDAL, en el sentido que lo indico.**

Estoy seguro de que no se habrá molestado en lo más mínimo por estas indicaciones, pues se habrá traducido mi rectitud de intención.

Perdone la confianza que me he tomado en hacerle esta sugerencia y disponga de su affmo. s. en los SS. CC. de Jesús y María.

¿Por qué no se callará el P. Arrupe cuando pasa por España?

Por FR. MIGUEL OLTRA, O. F. M

A esta pregunta *podría* contestar el reverendísimo padre general de la ínclita Compañía: hablo porque me «da la gana». Conforme y respeto su libertad de expresión, ¡no faltaba más! Espero que él y sus seguidores, que no es la Compañía con todos sus miembros, ni mucho menos, hagan otro tanto conmigo. Recuerdo que a raíz de su nombramiento se ocupó, como parecía lógico, toda la prensa nacional del acontecimiento: el prepósito general de la Compañía era, por fin, un español. Un imprudente periodista le preguntó al padre Arrupe qué criterio le merecía Teilhard de Chardin, y el nuevo superior general contestó haciendo los elogios más subidos del que había «merecido», en varias ocasiones, la censura de la Santa Sede prohibiendo la lectura de sus obras. En aquel ambiente caballeresco español de exaltación arrupina era difícil meterse en el fondo de las declaraciones de alabanza a Teilhard de Chadin. Como dudara que alguien lo hiciera, me lancé a la aventura. Por aquel entonces estaba muy de moda el «contraste de pareceres», el «diálogo» y otros trucos de la época. Los seguidores del padre Arrupe no quisieron contrastar y, sin más, presentaron una denuncia a mi curia franciscana. Mi padre general me pidió explicaciones, que le di inmediatamente y con la documentación correspondiente, y todo quedó en aguas de borrajas, aunque me pasé mis apuros. Dicho sea de paso: estaba dispuesto a defender la verdad por encima de criterios «humanos demasiado humanos». Lamento mucho tener que repetir la experiencia de criticar las declaraciones del padre Arrupe, que considero inaceptables, desde un punto de vista doctrinal objetivo. Quisiera con ello aclarar al ambiente caótico de ideas «no santas» que nos rodea.

I

El padre Arrupe, en sus declaraciones del 1 de agosto, publicadas en «Informaciones», viene de Roma a adoctrinarnos, como si los «slogans» demagógicos de la «justicia e injusticia» no hubiesen llegado ya hasta nosotros. No solamente estamos al tanto de esa pobre literatura, sino que la hemos superado, sabemos de dónde procede y huele a rancio. Parece que el padre Arrupe fuese coautor del esquema «La justicia en el mundo» del Sínodo Romano, en cuya introducción leemos: «*El problema de la justicia en el mundo es, de todos los problemas, el más vasto, el más grave y el más urgente de nuestra sociedad..., el problema central de la 'humanidad'.*» Pero como desde el Sínodo hasta la fecha ha llovido mucho, el prepósito general va más allá del esquema y nada más y nada menos que aboga por «*canales y estructuras* (no podía faltar la palabreja) *que faciliten la unión de nuestras fuerzas en la lucha contra la injusticia*»... y «*para cambiar las estructuras, la acción en el campo político es una de las más necesarias y más efectiva*»...

Este lenguaje del padre Arrupe es de una mundanidad muy poco edificante: a) Porque el verdadero problema de la humanidad es la descristianización de los hombres y de las estructuras, que no sólo ha alejado a la sociedad del Reino de Dios, sino aún de la misma ley natural. b) El padre Arrupe debe presentar una idea más o menos clara de la justicia. Si se marginan en la aplicación de la justicia los derechos de Dios, de dar a Dios lo que le corresponde, que no se pase adelante, que todo se convierte en humo de paja. El padre Arrupe claramente manifiesta su deseo de unirse con alguien para que la justicia resplandezca. ¿Con el marxismo? Nos dice el prepósito general que el «*haber nacido en países de inspiración liberal y capitalista impide a muchos cristianos percibir los errores e injusticias*» y «*lo inaceptable del marxismo no debe cerrarnos los ojos a los valores humanos y sociales de este sistema*». ¿Lo quieren más claro mis lectores? Si la acción política es indispensable para el logro de la «justicia», pensada por el padre Arrupe, tendremos que pedirle listas de hombres de sus tendencias para ir creando poco a poco una «*teocracia rabínica*», presidida por él o por alguien que él proponga. No debiera desaprovechar la ocasión el padre Arrupe de tratar con Fidel Castro todos estos problemas en su viaje a Cuba. c) La demagogia del padre Arrupe llega al paroxismo al proclamar: «*La misión de predicar el Evangelio requiere que nos empeñemos en la liberación integral del hombre.*» Es de suponer que el padre Arrupe habrá leído alguna vez que la liberación de todas las formas de esclavitud se obtiene por la liberación del pecado, por la gracia, por la santificación, liberación que ha sido posible bajo todas las estructuras, incluso en las catacumbas. Como no se hace indicación a la clase de liberación, que conste, padre Arrupe, que la Iglesia tiene por misión enseñar y santificar. No es una institución humana fundada por hombres, sino fundada por Cristo para continuar su obra redentora. Si la «liberación» tiene que *ser integral*, según el padre Arrupe, la plenitud de la perfección será la anarquía; la ascética será un «cuento chino»; el freno «hidráulico» a nuestras pasiones, un desfase tridentino; los consejos evangélicos y las bienaventuranzas, una broma pesada. Trasladen estos estados del alma a la sociedad en que vivimos y todas las atrocidades son posibles. Desde luego, padre Arrupe, debiera haber callado a su paso por la Patria. Creo que los españoles nos merecemos otra cosa. Y por América procure hablar lo menos que pueda. Se lo agradeceremos.

II

Pero donde el padre Arrupe patina, con todas las de la ley, es al afirmar: «*No es lo medular de la Compañía el espíritu de Trento, sino la fidelidad a la llamada histórica de Dios, que, en un determinado momento, le pidió que adoptase ese espíritu de Trento, pero que hoy le pide que lo encarne en su vida y en sus opciones el espíritu del Vaticano II.*» En serio: si Diego Laínez y Alfonso Salmerón levantan la cabeza, el padre Arrupe se la gana. Ahora nos dice el padre Arrupe que toda la actitud maravillosa de la Compañía de Jesús en Trento era fruto de la época histórica, del espíritu (que desde luego no era el Espíritu Santo). Hace unas semanas publicaba yo un artículo en esta misma revista en donde calificaba a los «signos de los tiempos» como la más grande herejía de nuestra época. Pues en la cita del padre Arrupe, y que pronunció en Valencia en la clausura del X Congreso de la Confederación Europea de Antiguos Alumnos, la historia es presentada como un absoluto, manifestación del «espíritu», frente a cuya «verdad» es necesario modificar aún la palabra de Dios, como si la interpretación que la Iglesia dio en Trento a la doctrina revelada no hubiese sido auténtica. Si Trento no es «medular» para la Compañía de Jesús, tampoco lo será el Vaticano II y Revelación y Magisterio serán dos palabras sin sentido y que cambian con el tiempo, ya que el «espíritu» manda tomar posturas, según los «signos». Que quede siempre firme: el Señor habló para todos los tiempos, y su mandato de «id y enseñad» no admite limitaciones temporales ni espaciales. La Iglesia, gracias a la asistencia del Espíritu Santo, no puede hacer en cada época interpretación adaptada a los signos de los tiempos. La palabra de Cristo será siempre palabra de verdad y vida para todos los tiempos, sin necesidad de que se la reinterprete para cada época, lo que no se opone, de ningún modo, al esfuerzo pastoral de acercamiento de la palabra a todos los hombres. La pretensión de un «examen sincero» del mensaje cristiano según los «signos de los tiempos» es una contradicción del Vaticano II que establece lo contrario: «*Interpretar los signos de los tiempos a la luz del Evangelio y no el Evangelio a la luz de los signos de los tiempos.*» También la «justicia» es para el padre Arrupe algo exclusivo de nuestro tiempo. Dice a los antiguos alumnos: «*No os hemos educado para la justicia tal como hoy Dios lo exige de nosotros... ni nosotros* (jesuitas) *estamos educados para la justicia...*»

Al final de su disertación el padre Arrupe hace una alusión, como no podía menos, «*a la conversión personal y reformas de estructuras; salvación y liberación de esta vida y en la otra, y hechos cristianos y meditaciones técnicas e ideológicas.*» ¡Y que lo entienda quien quiera! Lo que le consejaría al buen padre general de la Compañía es no hablar demasiado y cambiar las meditaciones técnicas e ideológicas por unos ejercicios espirituales ignacianos con verdades eternas y «las dos banderas» optando, como ahora se dice, por la bandera de Cristo.

Considero una ofensa grave la que profiere el padre prepósito general a sus alumnos y sobre todo a la Compañía de Jesús de que ha maleducado a todos los que se han puesto en contacto con ella.

Resumiendo: «*justicia, justicia, justicia; liberación, liberación y más liberación*»... Y mi consejo: ¿por qué no nos libera el padre Arrupe de sus impertinencias, discursos flojos, demagógicos y desorientaciones sin cuento? No tenga, reverendísimo padre, tanto interés en que sus discípulos tengan «*disponibilidad de cambio*», porque es tontería. Ya no hay «último modelo» de nada, porque mientras se anuncia ha salido otro. Volvamos a lo eterno sin palabrería.

Muéstranos la luz de tu rostro

Por TEOFILO

SONETO

El rostro de MOISES resplandecía,
después de estar con DIOS OMNIPOTENTE;
y el brillo de su faz resplandeciente,
al contemplarlo el pueblo, le imponía.

Si contigo, SEÑOR, LA JERARQUIA
DE TU IGLESIA estuviera, es evidente
que, al ver TU LUZ en ella, el fiel creyente,
sin duda ni temor, la seguiría.

Mas no vemos TU LUZ en el semblante
de muchos que en TU NOMBRE se presentan
sin esa credencial tan importante.

A ellos, SEÑOR, que son los que detentan,
en TU IGLESIA, el poder, PONLOS DELANTE
DE UN FIEL ESPEJO, Y COMO SON SE SIENTAN.

No estoy conforme con Consuelo Huse de Elvira

Por FRAY PEDRO DE LA ENCARNACION

No está ella conforme, porque a su juicio el padre Pacios ataca en bloque al «Manual del pueblo de Dios». Eso se deduce. De ahí que su réplica se centre en enumerar las excelencias, en destacar lo práctico y útil del «Manual». Eso de «todos» o «muchos» apenas lo roza incidentalmente en dos líneas, sin réplica *razonada* a un estudio profundo, documentado y exhaustivo del padre Pacios. Roza la cuestión simplemente para «asegurar» que nada ha oído al respecto a ningún sacerdote del mundo fuera del dicho padre. ¿Es que ya los conoce a todos doña Consuelo y ha hablado con todos ellos? No, por cierto. Yo, por la gracia de Dios. soy sacerdote, y no veo al padre Pacios tan descabellado. Ya somos dos, por lo menos. Y si todos los sacerdotes se declarasen, cuántos más se verían que no ven tan exacto o por lo menos no tan «pastoral» eso de *todos* por *muchos.*

No, señora o señorita. Con perdón, va usted equivocada. Por Dios, el padre Pacios no ataca en bloque al «Manual», tan recomendable y necesario en nuestros aciagos días. Solamente estudia y discute la aludida cuestión. ¿Y tanto le extraña y le repugna a usted? Vamos a suponer que el padre Pacios lleva la cosa por los extremos, y que rigurosamente hablando es válido y ortodoxo decir *todos.* Pero yo le pregunto a usted: ¿No se ha dicho durante VEINTE SIGLOS *muchos* en lugar de *todos*, en latín o castellano? ¿No se sigue diciendo *muchos* en el misal latino TIPICO vaticano, modelo obligatorio para todos? ¿Por qué, hoy que se cambia todo, no se ha hecho la sustitución en el misal típico? Nadie se ha atrevido, porque se trata de la palabra precisa usada por Jesucristo y por toda la tradición. Y ante eso, amigos... Si desde Jesucristo hasta ayer se ha dicho *muchos*, ¿qué inconveniente en seguir diciéndolo? ¿Qué error, para cambiar, que no se ha descubierto en VEINTE SIGLOS, en punto tan capital? Si es mejor decir *todos*, ¿tampoco se ha visto esa conveniencia en toda la historia de la Iglesia ni a través de tantos y tan famosos Concilios? Si a usted no le extraña, a mí sí.

A usted no le debe extrañar, porque juzgará que *muchos* en latín equivale exactamente a *todos*, y en todos los idiomas, por la razón de que Cristo derramó su sangre por todos. Pero esto no es verdad completa; es el caso de la moneda que tiene cara y cruz. Mirando el anverso, es cierto que Cristo murió por todos. Mirando el reverso, también es ciertísimo que sólo murió por muchos, por los que se han de salvar, no por los que, por su culpa, se han de condenar. Ya sabe usted, doña Consuelo, que el día del juicio Cristo dirá a los de la izquierda: «Id, malditos, al fuego eterno.» Uno de los antiguos profetas, refiriéndose a la agonía del Señor en el huerto, pone en su boca estas amarguísimas palabras: «*¿Quae utilitas in sanguine meo*? ¿De qué provecho será mi sangre? Le era dolorosísimo, más que la propia Pasión, su inutilidad para muchos. Luego es muy EXACTO decir *muchos.* En vista de lo cual el padre Pacios tiene perfecto derecho a reservas y disquisiciones, aunque no sea más que por respeto a la palabra usada por Cristo. Si yo celebro misa privadamente, estoy obligado a usar el latín del principio al fin; pero si celebro en castellano, también privadamente, ¿consagraré *inválidamente* si digo *muchos* y no *todos*? Me tendrá que responder afirmativamente si cree que la traducción cierta del latín *muchos* es *todos* en cualquier idioma. Pero pregunte usted a todos los teólogos, a todos los obispos y hasta al mismo Papa, a ver qué le dicen. Sepa, pues, que son muchos los sacerdotes que se preguntan por el cambio, sin ver claro. Pero si en fin de cuentas da igual decir todos que muchos, usted, acosada, dirá: entonces, ¿qué importancia tiene la cuestión? La tiene, señora; porque cuando los fieles oyen TODOS, pensarán que vivir cristianamente y salvar el alma es cuestión de coser y cantar y dormir a pata tendida, como lo pensó Lutero. Señora, lo del fraile del tren, que al pedirle el interventor el billete, equivocadamente le entregó una estampa, distraído como iba en el rezo del breviario. El interventor miraba ya al fraile, ya a la estampa, diciendo por fin: «Yo, padre, bien lo creo; pero es preciso que lo crean también en la Administración.» Y es que la estampa era de un Santo Cristo, en cuyo pie se leía: «CRISTO PAGO POR TODOS.» Si pagó por todos será igual que vayas a misa o no; pero si pagó por muchos, ¡ojo!, hay que ir a misa, y otras cosillas, para beneficiarse del pago.

¿Que usted dice lo que dice por amor y admiración a los sacerdotes de la Hermandad? Eso huele a represión al padre Pacios, que escribiendo en ¿QUE PASA? no creo los desprecie por tomarse la licencia de filosofar sobre cuestión tan trascendente. Y en única cuestión. A lo sumo sobre alguna otra traducción tomada de los liturgistas «oficiales», que se han impuesto porque han podido, porque tienen patentes de corso. ¡Cuántas veces han traducido como les ha dado la gana, aquí y en todas partes, hasta en ITALIA. Si usted no lo sabe, desconoce el mundo en que vivimos. ¿Y hubieran permitido la impresión de un «Manual» tan necesario de poner muchos por todos? Discurramos, aunque se nos tenga por maliciosos.

UNA ORACION "REPELENTE"

Por MANUEL PEDROSA

Siguen resistiéndose bastantes sacerdotes de la última hornada profético-posconciliar-vaticanosegunda a orar en la misa por el Jefe del Estado e instituciones de la Patria. Y como actualmente el pluralismo —cierto pluralismo, ya sabemos cuál— campa por sus fueros, se dan en esto de la omisión de la oración dicha, la colecta «et fámulos», diversas variantes, igual que en las quinielas futbolísticas.

Tres son las principales opciones a las cuales se acoge el celebrante del santo sacrificio en relación con la indicada oración colecta. Tenemos la opción del sacerdote sensato, consciente, obediente, que dice la oración en su integridad, como está mandado y concordado, y así, ruega por «...nuestro Santo Padre el Papa Pablo, nuestro obispo N., nuestro Jefe de Estado Francisco, el pueblo y el ejército que le están encomendados, etc.». Correcto de todo punto.

Segunda opción. El celebrante omite deliberadamente toda la colecta haciendo caso omiso de ella. « ¡Qué caramba! —dirá el buen curita en su fuero interno—. ¿Yo rezar por Franco? ¿Orar yo por el ejército, con lo antimilitarista y pacifista extremo que soy? ¡Santas pascuas! ¡Que rece Rita por ellos, que lo que es yo!...» Y se queda tan «pancho» el hombre. Pero no piensa que entre los presentes muchos saben que todo sacerdote español tiene OBLIGACION de rezar tal colecta en todas las misas, excepto en las de difuntos, y el hecho de no rezarla, ya retrata al curita de cuerpo entero: un desobediente más... Que luego venga en la homilía a predicar sobre la rectitud moral o sobre la obediencia misma... ¡Farsantes!

Y queda la opción número 3, la del cura «vía media». Este no omite la oración aludida obligatoria, pero tampoco la dice como debiera. El se ha inventado un texto a su gusto, a su talante, y así dice poco más o menos (y damos fe y palabra de honor de que hemos oído esta fórmula repetidas veces): «...Y guarda de todo mal al Papa Pablo, al Jefe del Estado y al pueblo...» Al ejército, pues, que lo parta un rayo.

Así estamos. Con mucha apelación a la obediencia, con muchísimo alarde de pluralismo, pero... mal entendido éste.

Un obispo español, nada integrista por cierto, el actual de Segovia, doctor Palenzuela, ha dicho: «El pluralismo en la Iglesia está llevando a una disolución en la que la misma Iglesia corre el peligro de dejar de ser...»

Pues... tómese nota de ello. Alguien también, creemos que ingenuamente, ha escrito, comentando como nosotros esta omisión por parte del celebrante de la colecta «et fámulos» en la misa: «Como sujetos responsables, ¿por qué los obispos no se preocupan, aprovechando las asambleas y exhortaciones, para que esta omisión sea corregida?»

Contestamos a este señor, que escribe lo anterior con intención buenísima: Pues porque hay también señores obispos que asimismo omiten en la santa misa la comentada, prescrita y concordada oración por el Jefe del Estado, por el pueblo y el ejército, etc. Damos también palabra de honor de que hemos asistido a la misa celebrada por un señor obispo... auxiliar, y la repetida colecta ha brillado por su ausencia, por su omisión, tal vez intencionada. ¿Cómo quiere usted entonces, querido amigo, que un obispo que no siente la obligación moral de orar por la Patria, sus gobernantes y sus instituciones, esté en la de urgir a los sacerdotes sobre los cuales tiene jurisdicción a que lo hagan?

El asunto está claro, querido amigo; claro como la luz del sol que nos alumbra todos los días.

Superacumulación y rechazo

Por CARLOS ALDAN

No hay sistema capaz de extensión arbitraria. Esto afirmó el premio Nobel americano André Cournand en el transcurso de la 22 Asamblea de Premios Nobel celebrada en la isla Lindau del lago Constanza. Añadió que somos victimas de una verdadera peste ambiental que conduce al mundo a su autodestrucción: la superacumulación. La definió como fenómeno de supercongestión, tanto por densidad humana en áreas determinadas, por saturación de tránsito, como sobre todo por la proliferación incontrolable de objetos materiales de todo género que origina el problema de los excedentes y por la avasalladora invasión de productos industriales que nos constriñen al reducirnos los espacios.

Otro aspecto más serio e inquietante señaló: la situación insostenible para la mente humana que supone la explosión de información en la ciencia y la superalimentación del cerebro con impresiones y datos, por acumulación de saberes, que abarca desde las producciones de los medios masivos de comunicación audiovisual hasta los programas de instrucción y educación en los centros para estudiantes.

Efectivamente. «No hay sistema capaz de extensión arbitraria», es una afirmación que aparece evidente. Por tanto, tampoco es capaz de extensión arbitraria el sistema eclesial, tampoco la Iglesia. No es posible la implantación indefinida de cuerpos extraños en el cuerpo de la Iglesia. Ni resuelve problemas la multiplicación de órganos auxiliares ni los materiales sintéticos ni el amontonamiento de excesos. Porque es problema de cabezas. Problema de Fe.

También aquí estamos sometidos a presión insoportable. No hay quien aguante el permanente bombardeo de incoherencias, de contradicciones, de monstruosidades, de contrapropuestas o simplemente de masivas superacumulaciones. Y claro, viene el rechazo. El «¡ya está bien!», «¡fuera!» O lanzarse al vacío de la indiferencia. O el taponamiento de la sensibilidad. O el suicidio de la aceptación del absurdo. A cuenta y en razón de la fe, se nos agrede hasta la exasperación y se nos agota hasta la asfixia.

Parece que las Asambleas de Nobeles de los nobles eclesiásticos no acaban de querer enterarse del fenómeno. Hay algunos nobles que dan la voz de alarma, pero embarcados en nave tripulada lanzada al espacio, fuera ya de la fuerza de gravedad por efecto de la aceleración de su autopropulsión, si no imposible, difícil será que logren aterrizajes felices o decisiones operantes.

¡Decisiones operantes! Y no sólo lamentaciones, señores míos. ¿O es que nuestros ejecutivos se nos han pasado al oficio de plañideras? ¿O es que su fe no les ofrece las suficientes seguridades para pronunciarse con rotundidad doctrinal? ¿O es que carecen del exigible discernimiento para distinguir la fe de la ciencia?

¡Cualquier cosa! Algo de esto y todo a la vez pudiera ocurrir. Porque uno queda pasmado de la beatífica paz, *tranquilidad en el orden*, con que responsables de alto coturno aceptan, transigen o toleran tragarse descomunales elefantes a título de mosquitos. ¡Señores! ¿Qué nos han hecho con los SACRAMENTOS? Ahí, por ejemplo, es donde los quiero ver. ¿Podría saberse cuál es la Teología Sacramental hoy? ¿Habrá algo más esencial, más trascendental en la doctrina CATOLICA, en la ortodoxia, que lo SACRAMENTAL?

No sé, no sé. Pero mucho me temo que nos hayan fabricado algún monstruo devorador.

Y, sin embargo, ahí está el problema. No se puede tirar y estirar de la manta impunemente sin que se rompa, porque «no hay sistema capaz de extensión arbitraria». Todo ha sido lícito mientras se tratara de sobrepasar los rubicones establecidos. Se han sobrepasado. ¿Y qué se ha logrado además de organizar una algarabía de mil demonios y poner en marcha la revolución permanente? Pues se ha logrado llegar al borde del precipicio. Y entonces o precipitación colectiva o impase. Estamos en la perplejidad. Los mismos cascotes que en la sociedad permisiva eclesiástica fueron utilizados como proyectiles para abatir las defensas doctrinales, esos mismos ahora golpean la testuz de los consentidores.

¡Devuélvannos la *Sacramentalidad*, señores! La *Sacralización*, y nos habrán devuelto pura e íntegra la *Doctrina del Depósito de la Fe*.

¿Pero qué podremos esperar de miembros de *jerarquía*, es decir, de miembros de Principio-Sacralizador-Sagrado-Sacerdotal que se proclaman o se hacen decir o dejan adoctrinar como Principio-Desacralizador-Secular-Profano?

¡Santo Dios! ¿Cómo entender gimoteos endebles ante atrocidades sin cuento, por un lado, y por el otro promover a los puestos de responsabilidad doctrinal y jerárquico a *santos y sabios* agentes de lo atroz y el despilfarro?

Cuando pienso, y pongo un ejemplo mínimo por insignificante, que el padre Zalba, consultor de la Sagrada Congregación de Sacramentos, defensor a ultranza de la «Humanae vitae», es sustituido como profesor de la Gregoriana precisamente por un alemán que no se aviene al contenido integral de esa misma encíclica «Humanae vitae», a mí, señores, se me ponen los pelos de punta y digo que ya está bien de cuentos. Porque los monstruos se ios crean ustedes mismos. Y ya a uno le asalta la terrorífica duda de si lo que a ustedes en realidad les preocupa es la Fe y su ortodoxia o si más bien y sobre todo les asusta quedarse sin clientela de prosélitos que gobernar y se les terminen oficio y beneficio.

¿Excomuniones no? Ni falta que hacen. Pero, señores, promociones tampoco. Ayuditas bajo mano y carantoñas, tampoco. Puestos de servicio eclesial para profanadores y bárbaros del norte, de ninguna manera. Por lo menos, señores, seamos honrados antes que diplomáticos y que cada cual aguante su vela con la responsabilidad consecuente. ¿Pero qué clase de justicia es ésta: la de premiar en lugar de penar? ¿Pero cómo podemos seguir viviendo con las brújulas locas sin el magnetismo de UN SOLO NORTE pero con millones de puntos cardinales? ¿Dónde estamos? «Llegándose a él lo despertaron gritando: ¡Patrón, que nos vamos a pique!... Les increpó: ¿Dónde está vuestra Fe?» (L. 8, 24-25).

No sabemos dónde está nuestra Fe. Se nos dice que no debe estar en la de tus doce apóstoles, sino que es exigencia que la pongamos en el tejado del diálogo de la apertura, que la fundamentemos en la despensa del desarrollo y del progresismo... en la ¡Humanidad! Sí, Señor. ¿Qué se ha hecho de la Fe de todos nosotros, tus pequeñuelos?

«Y dijo a otro: Vente conmigo. Este le respondió: Permíteme primero que me vaya hasta enterrar a mi padre. Y El le contesta: Deja a los muertos enterrar a sus muertos. Pero tú, habiéndolo ya dejado, propaga el Reino de Dios. Otro más aseguró: Te seguiré, pero, Señor, primero déjame despedir a los de mi casa. Jesús sentenció ante él: Nadie que poniendo la mano en el arado va mirando para atrás, es adecuado al Reino de Dios» (L 9, 59-62).

¡Señor, Señor! Que sepamos tu voluntad. Y la cumplamos.

LOS HAY MUY GRACIOSOS

Por BRUJA VERDE

Los reformadores liturgistas pudiera ser que hubieran cegado con el humo del infierno, del que tan explícitamente habló Su Santidad Pablo VI, y sembrado confusionismo han implantado reformas completamente innecesarias por lo menos, pues ni han dado ni, a nuestro modesto parecer, pueden dar explicación lógica de su proceder.

Sin ir más lejos, en este mes de agosto en que escribimos el presente articulillo, se ha pasado San Alfonso del día 2 al día 1. ¿Por qué? No encontramos otra causa que el capricho o que no tachen de inmovilistas a los fautores de tal hazaña, pues el día 2 lo han dejado de feria. El 3 de septiembre, que se consagró a San Pío X, al ser canonizado, también ha sufrido variación y quedado de feria. El 4 de diciembre se le quitó a San Pedro Crisólogo para traerlo al mes de julio, y así casi todos los que se han variado. Y no digamos de los que se han aglomerado, como los arcángeles conocidos con nombre propio. ¿A quién estorbaba la festividad del glorioso San Gabriel, mensajero celestial en la embajada más importante que jamás hubo ni habrá en el mundo? No digamos de San Rafael, cuya intervención tanto enseña acerca de las virtudes y de la influencia del demonio, cuya intervención en la vida de los hombres no negarán estos liturgistas, como sus coreadores niegan hasta la existencia.

Y que anda suelto este enemigo del alma, aliado del mundo y de la carne, se puede comprobar en cualquier periódico o revista de esos que se llaman ilustrados, pero que sólo ilustran en pornografía soez y grosera, lo que parecen ignorar los señores asambleístas de la democrática conferencia que pasan el tiempo en viajes, reuniones y discusiones inútiles y no amonestan y condenan esta pornografía.

Y no ignorarán que cuando los liberales de últimos de siglo trataron de destruir el catolicismo vasco-navarro, tan adentrado entonces en aquellas tierras, pensaron que la única manera eficaz de conseguirlo sería invadirlas de rameras y corromper así la vida familiar y religiosa.

Al proclamarse la Unidad Católica por el Caudillo, restableciendo la sabia medida de Recaredo y de los Reyes Católicos, tuvimos unos años de reinado de la moral con todas sus óptimas consecuencias. Pero llegaron los lobos rapaces disfrazados de ovejas y comenzaron por proclamar y reavivar los principios de la Revolución francesa y nos trajeron esas renuncias a los privilegios por ser contrarios a la igualdad, aunque reservando algo para su uso y consumo, que por algo son amigos, y algo más de los socialistas, que tan altos ejemplos dieron durante la República de fraternidad, aunque dividida entre los que comían y los que ladraban, cosa que se repite ahora entre los proclamadores de la Iglesia de los pobres, que no ven ni quieren ver, porque no conviene a sus propagandas que tantos beneficios les reportan, que la Iglesia es de pobres, ricos, sabios e ignorantes, pues su fin único, abiertamente único, es salvar las almas, a cuyo fin deben supeditarse todas las cosas terrenas, por lo que todo debe supeditarse a esa salvación.

"CEL-LA VINARIA"

Por Jaime RUIZ VALLES

La fiesta de la «Patum», por la noche tiene sus tres vueltas en las que se repiten los saltos. Saltaban otra vez los «Mazas» cuando algo de lo dicho por Trigecio la vez anterior había llamado poderosamente la atención de Constantino: ese «algo que nuestros antepasados paganos *desde las sombras de muerte del paganismo intuían*».

Constantino.—¡Ea, Trigecio, pues esta noche tal dijiste de estas máscaras, partadoras de «tirsos», delicuescente residuo de lo que fueron fiestas de Baco, ¿qué entendías? Aceptaré que los tales ritos fueran *sombras de muerte*, ¿qué es lo que en ellas *intuían* esos paganos cuando te referiste al *Dionisio nuestro*?, que no puedo entender sea otro que Aquel que bajo las especies de pan y vino nuestra liturgia, en este día de Corpus y mismo de la «Patum», adora por verdadero Dios. ¿Acaso, Trigecio, no temes que la comparación parezca irrespetuosa en grado sumo, y más ante mil ojos de nuestros enemigos progresistas, en su artificiosa dialéctica, dispuestos a excusar sus propios achaques, inculpándonos a nosotros sobre premisas de nuestra propia fe?

Trigecio se encogió de hombros: —El suyo sería un escándalo farisaico. Por otra parte, la idea no es mía: la infiero en los comentarios de Autor aquí presente. Yo, por mi parte, se la abono en aquella vieja oración que, cuando comulgo, la desgrano:

> Alma de Cristo, santifícame.
> Cuerpo de Cristo, sálvame.
> *Sangre de Cristo, embriágame...*

Pareció bien la cita, a la que yo vine en su refuerzo:

Autor.—También el Doctor Místico:

> «al adobado vino...»
> ... ...
> «En la interior bodega
> de mi Amado bebí, y cuando salía,
> por toda aquesta vega
> ya cosa no sabía...»

O ya Raimundo Lulio:

«—Dime, *ebrio* de Amor, ¿qué es pecado? Respondió: es desorden contra ordenación de mi Amado.»

Donde la mayor ordenación y virtud la dice el que no acertaría a apartarse de ella porque está *ebrio*. Esa *ebriedad*, ¿es pura traslación verbal y no guarda analogía alguna con la ebriedad verdadera? En la mundana ebriedad hay sus grados, como el que, transferido en los versos de San Juan de la Cruz, comporta olvido o inhibición del contorno, o el que, en Lulio, ligazón y atadura. En todo caso, una y otra *ebriedad* son un estado distinto del que, por decirlo de algún modo, llamaríamos «normal». Tal inhibición de la circunstancia, tal ligazón al pensamiento, quién no la ha catado alguna vez, si ha tenido ocasión de cerciorarse de aquel dicho de la Biblia:

> «*Vinum laetificat cor hominis.*»
> («El vino alegra el corazón del hombre».)

Ea, pues, el vino es obra del Creador: su trasiego, en los límites de la ordenación divina, permisible. En su analogía se cimenta el propio Cantar de los Cantares cuando, inspirando a nuestro Místico:

> «*Introduxit me in cellam vinariam,*
> *ordinavit me in caritatem.*»
> («Me introdujo en la bodega
> y me enderezó al amor».)

Veamos ahora, por reseña histórica, donde la propia Virgen María, tratando del vino material en las bodas de Caná:

> «*Vinum non habent.*»
> («No tienen vino».

Tal género de *vino*, su divino hijo empieza a transferirlo a otro orden de cosas:

> «*Nondum venit hora mea.*»
> («Aún no ha llegado mi hora».)

¿Cuál sería esta *hora*? La de Aquel que, si anunciará: «*Mi sangre es verdadera bebida*», en llegando esta su hora:

«*Este cáliz es el nuevo testamento en mi sangre*» (Lucas).

Lo que fuera una figura, de tal modo se funde con lo figurado que son uno y mismo. El concepto traslaticio lo es ya de verdadera y objetiva sustantividad; la mera realidad que conserva de su primer objeto es aquéllo en que se funda la analogía. La demostración prefigurada de este misterio ocurre ya en Caná, en la multiplicación del vino, que en su peculiaridad nos muestra la unidad extensiva. Vendrá más tarde la multiplicación de los panes (ésta, algo más cerca su «hora», glosada y parafraseada). Una y otra multiplicaciones son paralelas e intencionadas en su progresivo adoctrinamiento.

Miraba en tanto Trigecio a Constantino, y le dijo:

Trigecio.—¿Comprenderás ahora, Constantino, cómo los antecesores de estos saltarines *Mazas*, alzando el *tirso* a un dios por ellos desconocido, en cierto modo *intuían*...?

Constantino.—Algo se me da. Pensando ahora en aquel origen de la luz, cuya degradación a materia comentábamos en uno de estos bergadenses diálogos, ya se me hace que aquél sutilísimo elemento, caído a materia inerte más luego resurgiendo a estados que de algún modo la aparentan al suyo primitivo de movimiento y ligereza, también se hace sustancia que nos nutre, en nosotros soporte y organismo de un alma de altos pensamientos. Mas por nuestra parte, ¿qué somos si ya en nuestros sentidos y movimientos no nos referimos a este mundo que no rodea y, para empezar, ¿qué sería de nuestra propia existencia corporal, incesantemente condenada a la inedia y deshidratación, que sólo se remedia con este asumir nuestra sustancia en el contorno? Es, pues, la nutrición una alta formalidad en el orden del universo, razón filosófica que atañe al hombre en la explicación terrenal de su vida, que Otro que él se la propone: la prueba elemental de su indigencia, que a todo orden referida, sólo descansa en El.

Calló unos instantes Constantino. Yo aproveché a añadir a sus palabras: «El hambre material es analógica figura, transferida de una sola hambre verdadera.» Ahí ahora Constantino, que seguía reflexionando, impacientándose en sus pensamientos: —En mis habituales estudios de biología me extraño de que los científicos de ahora, embebidos en la mera constatación de fenómenos o arrebatadas a lanzar hipótesis sobre las leyes por las que se rigen, no sepan elevar un poco su vista, pues se desinteresan del *orden final*, y lo alejan de sus pensamientos como algo «inútil» o «incognoscible». La suya es una laguna irreparable en sus pensamientos, una postura preconcebida y fatal, un prejuicio...

Retúvose un poco, más luego: —Por ello os concederé que aquellos antiguos paganos adoradores de Dionisio, si les faltaba la ciencia, sin embargo enderazaban sus conceptos por caminos menos cerrados. En sus báquicos misterios no hubieran acertado a idear este fenómeno de la universal nutrición sin algún principio superior que, sin embargo, a sus bárbaras mentes en su verdad les huye y, *sumidos en las sombras*, en la puridad de su altísima esencia les escapa.

Trigecio.—Aquellas mentes brutas, siquiera no estaban sofisticadas. ¿Habrá que extrañar que aún eso que a ellos no les escapó lo ignore nuestra confortable civilización, ya acostumbrada a nutrirse de latas en conserva, pensando que las cosas son como los cromos de sus etiquetas? Ya el ciudadano, maltrecho por los adoquines, emponzoñado en su aire, precisa evadirse al campo, y ante las arboledas, por los prados, viendo las montañas, volver a una tangible realidad que se le malograba, y al bendecir los alimentos de su mesa, recobrar el gusto por los generosos dones con que la altísima providencia le regala.

Yo eché mi cuarto a espadas:

Autor.—Siguiendo las ideas de Constantino, y desde luego también tu pensamiento, Trigecio, diré que tan profunda significación tiene ese alimentarse, que es *sorber en sustancia propia*, que de sus mismos conceptos se han derivado las expresiones que al amor se refieren. Pues ¿qué es el amor, sino el buscar dos a ser en uno? Lo cual claramente expresamos en el beso, que en nuestros labios es el gesto de sorber en propia boca. Lo cual el vocabulario, partiendo de sus raíces antiguas, significa. Pues ¿cómo es, por espontáneo sonido, el ansia de alimento, sino pronunciando...: «¡am!», del cual los antiguos, abriendo sílaba con espirante (F) derivaron en latín «fam-es», en catalán puramente «fam», y en castellano «ham-bre». ¿Quién no adivina que de este mismo «am» el latín formaría «am-or»? Tiene, por lo tanto, el amor un sentido *trófico*, y bien podemos ir entendiendo la Biblia cuando nos dice:

> «*Intrduxit me in cellam vinariam,*
> *ordinavit me in caritatem.*»
> («Y me enderezó al amor».)

Aquí me dispuse yo a poner unas banderillas: —Cierto que la Biblia salmanticense de los Propagandistas de la BAC dice así, con «ch»: «charitatem». Ahora bien, el texto latino de la Vulgata no tiene ante sí el griego «jaris», que se habría traducido por *gratia*, sino otro vocablo muy distinto: «ágape», donde su traducción *caritas* es por término puramente latino, como lo es *carus* (nuestro «caro» o «querido», salvo para los sabios de Salamanca, y con perdón de don Mauro, que no son «caros», sino «charros»). Ahora bien, «carus» latino viene de «caro», *carne*, misma raíz, aunque lejana, del griego «sarx, sarkós», como el latín «sarvire», que en su significado primigenio es «nutrir con carne». Así, pues «caro», carne; «carus», querido; «caritas», amor. Mismo significado *trófico*, y dejaré al albedrío discreto del lector el traducir a su correspondiente castellano la expresión latina: «carum dare»... ¿Qué es, en fin de cuentas, todo fenómeno de amor, incluso el mundano y el carnal, sino lejana sombra (acaso caída) y representación de otro amor, el divino, el cual por mil maneras nutre nuestra inteligencia, que es de de El y hacia El?

Ahí Trigecio —Habláis de nutrición, que es tema propio en este día de Corpus. Pero ahora mismo habíamos empezado por el alimento no sólo que resarce, sino bebida que *embriaga*. Traíamos a ella las citas... Ahí los Máscaras, agitando en los extremos de sus *mazas* esas ténues humeantes bengalas, antiguo rito a Yacco y sus licores que enajenan. Ahora, transferida la imagen y cristianizada la expresión, vencida la humana embriaguez por la divina, hay algo en su peculiaridad más acorde con la exaltación de la Eucaristía?

Saltaban los *Mazas*. Hablaba Trigecio. Fulgía en su plenitud la luna. Yo por un lado con Eurípides:

> «Antaño lo llevó la Luna
> en sus entrañas preñado:
> cuando sintió los dolores
> de que se aproxima el parto,
> del rayo que Zeus fulmina
> saltaba, si herido, Baco...»

Pero ahora la luna plateaba la fachada clasicista del templo, daba en los cristales de

(Pasa a la página siguiente.)

La fuga de cerebritos y el desprecio al servicio militar

Por J. ULIBARRI

Un tema de moda en los últimos años es el denominado «la fuga de cerebros». Se llama así a la marcha al extranjero de españoles con cualidades intelectuales sobresalientes en busca de medios para desarrollarlas que aquí no encuentran; fructifican en los países que se los ofrecen y España pierde esos apetecibles frutos.

Creo que este tema se ha agitado no pocas veces con histérica exageración y torcidas intenciones, como la de alimentar, sea como sea, la permanencia de una crítica sistemática y pertinaz a la actual situación en una especie de leyenda negra de la poscruzada. Es curioso ver qué patriotismo muestra paradójicamente en este punto la izquierda apátrida. No creo que sean tantos los que se han marchado; ni que lo hayan hecho solamente en una pura oblación a una vocación depuradísima e incomprendida; ni que hayan estado aquí tan huérfanos y desasistidos como se dice para dramatizar su emigración; ni que les aprecien tanto ahí fuera; ni que les hayamos perdido tanto, porque aparecen aquí con harta frecuencia como para mantener en forma sus «publics relations»; ni que pierda tanto España con esas idas y venidas de famosos. No creo que la realidad sea para tanto, ni mucho menos; pero es evidente que sea cual sea esa realidad, su versión acuñada con el *slogan* de «la fuga de cerebros» ha hecho fortuna y que ha nacido la doctrina nacionalista y patriótica de que hay que retener en la Patria a los mejores.

Esta aspiración a que el trabajo y las cualidades de los españoles fructifiquen en España para beneficio de sus conciudadanos es muy justa, y es manifestación correcta de la revalorización que actualmente se hace de los compromisos del individuo con la sociedad que le ayuda, más de lo que parece, desde su mismo nacimiento. Se pueden traer aquí a colación toda la doctrina contraria a la evasión de capitales, y la que censura, en la «Populorum progressio», la enajenación de riquezas naturales por y en beneficio de comunidades distantes.

Así las cosas, aparece en el horizonte una nube muy fundida, por un lado, con esto de «la fuga de cerebros», y por otro, con el desprecio al servicio militar. Es decir, fea y mala por partida doble.

Leemos en «Informaciones» del 14-VII-73: «ENSEÑANZA. UN PROYECTO DE EDUCACION Y CIENCIA. LOS UNIVERSITARIOS PODRIAN CAMBIAR EL SERVICIO MILITAR POR LA ENSEÑANZA EN IBEROAMERICA (...). «Por otra parte, don Julio Rodríguez dijo en el transcurso del acto que uno de los proyectos del Ministerio de Educación y Ciencia es el de llevar a cabo la experiencia y liberar (sic) del servicio militar a universitarios que irían como profesores a diferentes centros de Hispanoamérica. Explicó que la medida, ya practicada en otros países de manera análoga, se llevaría a cabo después de un estudio conjunto del proyecto con los tres ejércitos.»

Es verdad que no estamos ante un proyecto de promoción de la exportación de cerebros posibles Premios Nobel, pero sí de otros de menor cuantía que podríamos llamar *cerebritos*. Pero es que esos *cerebritos* son también muy importantes para nuestro propio desarrollo. ¿A qué si no tantas becas y tanto acceso de las masas a la Universidad? Se ha repetido mucho y se les ha echado en cara a los interesados hasta la impertinencia, cuántos miles de pesetas le cuesta al Estado, a España, cada uno de sus universitarios. Pues después de este tremendo esfuerzo que desde la más alta cota alcanzada, jadeante, contempla que las instalaciones y el profesorado son irremediablemente insuficientes, va a resultar que nuestros caros cerebritos —«¡carísimos!»— se nos van a ir a Machu Pichu a despabilar la fría y triste sesera de los indios de aquellas altiplanicies, mientras, parodójicamente, el Ministerio, que quiere facilitar la aventura, se las ve y se las desea para encontrar profesores de E. G. B. La contradicción es evidente; como contradice también la postura del proyecto al concepto de «próximo» y al dictado del sentido común de que no se puede vestir a un santo desnudando a otro.

Mas al fin y al cabo son estas y otras muchas análogas posibles consideraciones materiales, socioeconómicas, como ahora se dice. No son por ello despreciables. Pero hay algo más grave, mucho más grave, y es lo que ha interrumpido nuestras vacaciones para tomar la pluma y decirlo. Es una nueva variedad de desprecio al servicio militar que va inseparablemente implicada en el proyecto. Se vuelve a presentar al servicio militar como a un comodín que sirve para todo, al que hay que echar mano en toda ocasión, porque es menos importante que cualquier cosa, aunque sea tan camelista como ir a dar clases a lejanas tierras. No es un desprecio soez; es un desprecio sutil, de guante blanco, pero desprecio, y por ello más peligroso.

Padecemos el desprecio a las fuerzas armadas de los propagandistas de la objeción de conciencia y de los testigos de Jehová. Padecemos el mismo desprecio de los que descubren que la financiación de los más fantásticos y variados proyectos tiene que salir de recortes en el presupuesto de la Defensa Nacional. Padecemos otra variedad de desprecio en la solicitud de «Medicus Mundi» pidiendo la convalidación del servicio militar por actividades sanitarias en el extranjero. «Ver ¿QUE PASA? de 23-VI-73.) Y ahora la misma figura generalizada a todas las actividades. ¡Ya está bien!

Va a resultar que a estas alturas de la historia y del desarrollo habrá que explicar qué es el servicio militar. Pues es la suma de dos actividades: el aprendizaje del manejo de las armas, que, dicho sea de paso, son cada vez más complicadas y necesitan ser servidas por mayor número de «cerebritos», y la permanencia al pie de esas armas para disuadir, y si llega el caso combatir con derramamiento de la propia sangre, a los enemigos de la Patria. Las dos facetas son personales e intransferibles. No debe de ser admitido en la comunidad nacional quien no quiere capacitarse para defenderla, ni lo quiere hacer cuando le llega el turno, aunque sea con tan poco riesgo como en la disuasión pacífica del servicio militar habitual.

El desprecio al servicio militar erosiona el concepto de Patria. La estimación de unos mecanismos de custodia es función de la que se tiene por lo que custodian. A nadie le duele gastar en custodiar un tesoro y nadie gasta en asegurar un desván que sólo encierra unos muebles desvencijados. El desprecio al servicio militar implica otro por las Fuerzas Armadas y, finalmente, otro por el Patrimonio (Patria) que custodian.

Con estas consideraciones enlazamos con el último párrafo de las declaraciones de «Informaciones» que estamos comentando: «Explicó que la medida, ya practicada en otros países de manera análoga...»

¿Responde esta invocada similitud internacional a un plan de conjunto o es mera coincidencia? No parece difícil inclinarse por la primera hipótesis, habida cuenta de la existencia de un supergobierno mundial, secreto a voces, que aspira a planificar todo el mundo a la vez y según criterios judíos. Pero si fuera mera coincidencia, no tardaría en ser asumida y orientada a sus fines por el correspondiente organismo especializado del supergobierno. Y uno de los fines más pertinazmente buscado por el mismo, mucho más codiciado que el desarrollo del tercer mundo, es la destrucción de las actuales nacionalidades, que le son esencialmente opuestas y son el más firme obstáculo que queda en pie ante su hegemonía.

¡Qué gran éxito para el supergobierno, para la antipatria, llegar a dividir a los españoles, antes, en y después de la edad militar, en dos grupos, cada uno con su *curriculum vitae* marcado indeleblemente con la adhesión o la evasión y desprecio al servicio militar! (cada grupo cortejado por su propaganda dialéctica).

El conocimiento de la política internacional contemporánea, la analogía con otros asuntos y un razonamiento correcto, hacen prudente nuestro pensamiento. Pero si alguien pensara que es forzado, que es rizar el rizo, le diríamos que le publicamos porque está confirmada cierta presión internacional por noticias verbales, personales, recibidas directamente de fuentes conspicuas. Es verdad que hoy los Estados, coaccionados por un supergobierno mundial, tienen que librar feroces combates, no por incruentos, menos decisivos. Esperemos que al fin se pueda sacar adelante el espíritu de Méndez Núñez: «Más vale honra sin barcos que barcos sin honra.»

(Viene de la página anterior.)

su rosetón, viril de colosal custodia anclada sobre la Plaza Quemada, como dispuesta a soltar sus amarras en seguimiento de la procesión fantástica. Ahora, pues, con Valdivielso:

¡Ay, Luna que reluces,
toda la noche me alumbres!
¡Ay, Luna que reluces,
blanca y plateada,
toda la noche me alumbres,
la llena de gracia:
Luna que reluces,
toda la noche me alumbres!...

Como si él los viera:

¡Qué terribles danzaderos!,
un poco se escarramanan...

Pues ... con perlas y rubíes,
con topacios y esmeraldas,
mira al Santo Cuerpos Christe
hermoso como unas pascuas
sobido en el posadero
que está en metá de las andas...

tiene un vino de los cielos
que cada gota se aprecia
en una cosa infinita,
¡prega a Dios que dello beba!

Concluye invocando la procesión el citado autor, que del lenguaje popular tanto gusta:

¡Da vino y pan al puebro y a la Igreja,
por caridad alluso de la aldea!

¿El Papa Pío XII, era la Iglesia?

— PUES VEAMOS LO QUE DIJO DE NUESTRA CRUZADA

Por Santos SAN CRISTOBAL SEBASTIAN, Sacerdote

Hoy día en sectores de la Iglesia está de moda el detestar al Régimen español y atacar la Cruzada de Liberación. Hay muchos curas que así lo hacen y muchos piensan —y no van muy descaminados— que hay en altas esferas eclesiásticas quienes les azuzan, apoyan y sostienen en su actitud.

La verdad es que a la mayor parte de la sociedad española esto le apena mucho. Cuando tanto se alardea de que la Iglesia debe estar independiente de cualquier régimen, resulta que hacen aquí una política, y no precisamente constructiva.

Por si ignoran muchos la doctrina que a su debido tiempo dio la Iglesia al respecto del caso de nuestra Cruzada de Liberación, bueno es que aquí transcribamos algo del famoso Radiomensaje que el 16 de abril de 1939 dirigió al pueblo español el entonces Papa Pío XII. En obsequio a la brevedad, sólo ponemos algo del documento, aunque todo él no tiene desperdicio. Veamos:

«Con intenso gozo nos dirigimos a vosotros, hijos queridísimos de la católica España, para expresaros nuestra paterna congratulación por la paz y la victoria con que Dios se ha dignado coronar el heroísmo de vuestra fe y caridad, probados en tan generosos sufrimientos.

Alegre y confiado esperaba nuestro predecesor, de santa memoria, esta paz providencial, fruto, sin duda, de aquella fecunda bendición que en los albores mismos de la contienda, el 14 de septiembre de 1936, enviaba a cuantos se habían propuesto la difícil y peligrosa tarea de defender y restaurar los derechos y el honor de Dios y de la Religión. Y Nos no dudamos de que la paz ha de ser la misma desde entonces, nuncio de un porvenir de tranquilidad en el orden y de honor en la prosperidad.

Los designios de la Providencia, amadísimos hijos, se han vuelto a manifestar, una vez más, sobre la heroica España, la nación elegida por Dios como principal instrumento de evangelización en el Nuevo Mundo y como baluarte inexpugnable de Fe católica, que acaba de dar a los prosélitos del ateísmo materialista de nuestro siglo la prueba más excelsa de que, por encima de todo están los valores eternos de la Religión y del espíritu.

La propaganda tenaz y los esfuerzos constantes de los enemigos de Jesucristo parece que han querido hacer en España un experimento de las fuerzas disolventes que tienen a su disposición repartidas por todo el mundo. Y aún es verdad que el Omnipotente no ha permitido, por ahora, que lograran su intento. Pero ha tolerado, por lo menos, algunos de sus terribles efectos, para que el mundo viera cómo la persecución religiosa, minando las bases de la justicia y de la caridad, que son el amor de Dios y el respeto a su santa Ley, pueda arrastrar a la sociedad moderna a extremos no sospechados de inicua destrucción y apasionada discordia.

Persuadido de esta verdad, el sabio pueblo español, con las notas características de su nobilísimo espíritu, que son la generosidad y la franqueza, salió en defensa de los ideales de la fe y civilización cristiana, profundamente arraigados en el suelo de España, y ayudados por Dios, que no abandona a los que esperan en El, supo resistir el empuje de los engañados por los que con el ideal de exaltación de los humildes, luchaban en provecho del ateísmo...

Por eso exhortamos a los gobernantes y a los pastores de la católica España que iluminen las mentes de los engañados, mostrándoles con amor lo falaz del materialismo, de donde han procedido sus errores y desdichas y de donde podrían venir nuevamente...

... La garantía de nuestra firme esperanza está en los nobilísimos y los cristianos sentimientos han dado pruebas inequívocas el Jefe de Estado y tantos caballeros, sus fieles colaboradores, con legal protección que han dispensado a los supremos intereses religiosos y sociales conforme a las enseñanzas de la Sede Apostólica. La misma esperanza se funda, además, en el celo abnegado de vuestros obispos y sacerdotes acrisolados en el dolor y también en la fe que da el espíritu de sacrificio de que en horas terribles han dado heroica prueba las clases todas de la sociedad española.

Y ahora, ante el recuerdo de las ruinas acumuladas en la guerra civil más sangrienta que recuerda la historia de los tiempos modernos, Nos, con piadoso impulso, inclinamos ante todo nuestra frente a la santa memoria de los obispos, sacerdotes, religiosos de ambos sexos y fieles de todas clases y condiciones que en tan elevado número han sellado con sangre su fe en Jesucristo y su amor a la religión católica. "Mayoren dilectionem nemo habet." No hay mayor prueba de amor.

Reconocemos también nuestro deber de gratitud hacia todos aquellos que han sabido sacrificarse hasta el heroísmo en defensa de los derechos invulnerables de Dios y de la religión en los campos de batalla, y a los también consagrados a los oficios de caridad cristiana en cárceles y hospitales...

A vosotros toca, venerables hermanos en el episcopado, aconsejar... para que todos sigan los principios inculcados por la Iglesia y proclamados con tanta nobleza por el Generalísimo, de justicia para el crimen y de benevolencia y generosidad para los equivocados.

Nuestra solicitud de padre también no puede olvidar a estos engañados, a quienes logró seducir con halagos y promesas una propaganda mentirosa y perversa. A ellos particularmente se ha de encaminar con paciencia y mansedumbre nuestra solicitud pastoral. Orad por ellos, buscadlos, conducidlos a la Casa del Padre Misericordioso...

En prenda de las copiosas gracias que os atienden de la Virgen Inmaculada y el Apóstol Santiago, patronos de España, y de tantos grandes santos españoles, hacemos descender sobre vosotros, queridísimos hijos de la católica España, sobre el Jefe del Estado y su ilustre Gobierno, sobre el episcopado y su abnegado clero, sobre los heroicos combatientes y sobre todos los fieles, nuestra bendición apostólica.»

(Este radiomensaje lo publicó íntegro la prensa de entonces y todos los boletines de los obispados de nuestra Patria. Como en todas las parroquias es obligatorio el guardarlos y todos los fieles pueden consultarlos, quienes deseen leer íntegro el radiomensaje pueden dirigirse a su correspondiente parroquia, en que se les facilitará el número correspondiente al mes de abril de 1939.)

En verdad que no hay una sola idea despreciable y se contienen muchas cosas que no estaría mal se meditasen un poco. Si la Santa Sede bendijo la empresa, ¿a qué viene el despotricar ahora y el decir tanta sandez como tenemos que escuchar a menudo? ¿O es que Pío XI y Pío XII quisieron tomarnos el pelo? ¿Serán mentira unas cosas que antes fueron verdades? No creo que nadie se atreva a decir que el pueblo español fue un necio en hacer la Cruzada.

Lo realmente indignante es el caso de quienes tuvieron la vandálica idea de quitar las coronas de los monumentos que se levantaron a los caídos en la guerra. Me parece que la sangre de aquellos héroes merece más respeto.

Toda esta doctrina que dió el Papa está en contra de tanta insensatez como el progresismo propala hoy a troche y moche. ¿Con cuál nos quedamos? ¿O es que esos necios quieren tratar a Pío XII de lo que son ellos?

¡Dios es Dios y el "marxismo" su profeta!

El diario "ABC", del día 19 de agosto pasado, publicaba el siguiente diálogo mantenido entre el padre Arrupe y un redactor de la "Agencia Efe", en Santiago de Chile.

—¿Pueden los cristianos colaborar con un Gobierno marxista como el chileno?

—Los cristianos, en cuanto ciudadanos en su vida civil, están de hecho colaborando con muchos Gobiernos marxistas, con la mayor parte de los Gobiernos de la cortina de hierro, sin que esto signifique una identificación con la ideología del Gobierno.

—¿Cómo cuidan los jesuitas la formación política de sus alumnos?

—Tratando de formar hombres responsables y bien equipados en todas las líneas del saber humano, formando personalidades bien equilibradas que puedan hacer libremente las opciones políticas que ellos crean personalmente que son las mejores para servir al resto de la Humanidad.

—¿Considera importante la formación marxista para los estudiantes jesuitas?

—Importantísima, puesto que el marxismo tanto como ideología como análisis de la sociedad humana es una de las corrientes más influyentes en la sociedad moderna. Por tanto, nuestros estudiantes deben conocer el marxismo con la mayor objetividad y profundidad posibles para establecer el diálogo con aquellos que militan o al menos lo aceptan. Conviene distinguir, sin embargo, entre la ideología marxista y el marxista como persona.

A la ideología se le ataca con la objetividad fría de los argumentos filosófico-sociales; al marxista como persona se le trata como hermano, procurando presentarle las grandes fallas de su posición.

—¿Son los jesuitas sujetos incómodos para los Gobiernos?

—Supuesto que los jesuitas se identifican incondicionalmente con el Evangelio y, por tanto, con la caridad y justicia evangélica, si algún Gobierno procede contra la justicia y la caridad encontrará en los jesuitas unos ciudadanos incómodos.

—¿Puede llevar la vocación jesuítica a ser encarcelado?

—Desde luego, como lo fue Cristo, los apóstoles y tantos predicadores de la verdad y la justicia. La Compañía de Jesús, a lo largo de cuatrocientos años de historia de América Latina, tiene ejemplos muy gloriosos y abundantes. En estos últimos años hemos tenido jesuitas presos o expulsados en diversos países como, entre otros, Bolivia y Paraguay.

—Padre Arrupe, usted visitará Cuba en los próximos días, ¿cuál es la situación de los jesuitas allí?

—Son veintisiete jesuitas y ejercitan su oficio pastoral en cuanto les es permitido.

—¿Qué ofrece la Compañía de Jesús como camino de vida a los jóvenes iberoamericanos?

—La Compañía de Jesús expresa hoy el ideal de vida para todo joven sin excepción. El ideal jesuítico es ser un hombre que, viviendo con los demás, es para los demás. Es decir, que tratando de desarrollar su personalidad al máximo ponga todo lo que tiene, sabe y puede por el bien de sus semejantes. En una palabra, el seguimiento de quien dijo que era el camino: Cristo.—Efe.

DIALOGOS ENTRE EL "DESFASAO" Y EL "DESPISTAO"

DONDE Y COMO LOCALIZAR LOS "ESTRONCIOS"

Por INOCENTE DE LA CASA

—En nuestro diálogo de la semana pasada relacionábamos la bomba atómica con el comunismo variopinto. Pero nada dijimos, apenas, de la Masonería. Pues bien, hoy le digo a usted que la Masonería es la bomba de no sé cuantos megatones que estalla cada día en las naciones cristianas para llenarlas de «estroncios políticos», y asi socavarlas y destruirlas. ¿Quiere usted que le explique por lo que dije eso?

—¿Cómo no voy a querer? ¡Soy todo oidos!

—Monseñor Leon Meurin, de la Compañía de Jesús, y obispo-arzobispo de Port-Louis, escribió un libro titulado «Simbolismo de la Masonería». De este libro podemos los católicos extraer muchas enseñanzas. Una de ellas, la más importante, es la de poder intuir por sus obras dónde se agazapan los agentes del Anticristo, las legiones de Satanás.

—A los que usted llama «estroncios», ¿no es eso?

—¡Exactamente! Pues bien, monseñor Leon Meurin afirma: «Nadie puede creer en las seguridades dadas por las logias de que no se ocupan de política; es, por lo tanto, inútil refutar de nuevo una afirmación carente por completo de sinceridad y veracidad.» «Hiram es el jefe, el representante de la masonería. La propia masonería es idéntica, en métodos y fines, a la Orden extinta de los templarios, a la que envuelve, para ocultarla a toda mirada y a la que sirve para hacerse valer y defenderse.»

—¿Me permite usted?...

—Sí... ¡Diga!

—Por ese camino me quedo *in albis*... Hay que concretar... ¿Qué persigue la masonería? ¿De qué medios se vale? Esa es la cuestión.

—A eso vamos mi querido amigo. Pero principios requieren las cosas.

—¡Déjese de literatura! Hechos. ¡Hechos! Vamos a ver. ¡Enemigos de la masonería! Cítemelos.

—Monseñor Leon Meurin escribe textualmente: «Los tres mortales enemigos de la masonería son LA MONARQUIA, LA IGLESIA CATOLICA y LA NOBLEZA, o sea, los msimos enemigos de *los templarios* pero más generalizados.

—Bien. Bajo la Monarquía, bajo el influjo de la Iglesia católica en lo espiritual y de la Nobleza en lo social, la masonería se subleva y trabaja por aniquilar a esos sus enemigos. Pero dígame: ¿Qué regímenes o sistemas son los que la masonería conceptúa sus amigos?

—La masonería considera, como sistemas salvadores, LA DEMOCRACIA, el NATURALISMO y el SOCIALISMO... En estos regímenes encajan perfectamente los conceptos, las palabras básicas de acción de la Orden, que son: LIBERTAD, IGUALDAD y FRATERNIDAD.

—¡Vaya tres palabras! ¡La de veces que han dado esas palabras la vuelta al mundo, dejándolo planchado en cada una de las vueltas! Convendrá usted conmigo en que la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad son aptas a múltiples interpretaciones...

—¡De acuerdo! A esos conceptos o palabras se les pueden atribuir muy diversos y contradictorios sentidos. Pero lo que importa es el sentido masónico de la LIBERTAD, de la IGUALDAD y de la FRATERNIDAD.

—¿Y usted conoce ese sentido masónico?

—Monseñor Leon Meurin, tras muchos años de investigación y estudio, dice lo siguiente:

«Para los masones, LIBERTAD significa la destrucción de toda autoridad civil, eclesiástica y doméstica.»

«IGUALDAD quiere decir destrucción de toda dignidad de realeza, de sacerdocio, de nobleza.»

«FRATERNIDAD implica la destrucción de todos los vínculos de la Patria, Familia y Propiedad.»

Para convencerse de esto —afirma el eminente obispo-arzobispo de Port-Louis—, basta con leer las obras del padre Deschamps, del podre Pachtler, del doctor Eckert, de Claudio Janet, de Leo Taxil, de monseñor Fava y tantos otros que los apoyan con documentos tan numerosos como concluyentes. Y añade: «Leed entre líneas los libros masónicos, tratad de perforar los velos con que los hermanos tratan de ocultar el fin negativo de la Orden Masónica, y hallaréis siempre la destrucción total de los principios y bases del actual orden político, religioso, social y doméstico, y la construcción de un reino de la Logia, bajo el nombre de República Universal. Esto último se intuye del simbolismo que preside la instalación y decorado de todo templo masónico. Si el firmamento es la bóveda de todo templo, y en su pavimento quedan representadas claramente todas las naciones de la Tierra, queda bien expresada la universalidad del reino a que la masonería aspira.

Creeme, amigo. «Todas las naciones del mundo están ya —dice monseñor Meurin— bajo la escuadra y el compás masónicos, divididas en Provincias y obediencias, y tienen sus Orientes, Maestres, Provinciales, Capítulos y otras agencias de gobierno. Este es el nuevo Poder que un profeta cantara en su verso: ET PRINCIPE NESCIT QUOD NOVA POTENTIA CRESCIT. (El rey ignora que surge un nuevo Poder.)

«¡Cuántas veces y cuán vanamente se ha advertido a los monarcas de este peligro! Dicen que no pueden hallar la cabeza de esta hidra.» ¡Claro! Como que esa cabeza no está constituida por los príncipes y otras grandezas que se conocen, sino por *jefes secretos*, por *agentes secretos*, por *ejércitos secretos*, inhallables a simple vista y aún, muchas veces, invisibles a los ojos más penetrantes.

—Ahora me explico su terminología... A esos elementos de la secreta subversión es a los que usted llama «estroncios», ¿no es eso?

—¡Estroncios noventa, si señor!

—De todas maneras, insisto en mi punto de vista. Todo eso me parece literatura; mucha literatura... No se acaba de concretar, de fijar el problema por modo que, siquiera indiciariamente, pueda localizarse al enemigo.

—Verá usted... Sin perjuicio de volver otro día sobre el tema, le suministraré un dato. «Por sus obras los conoceréis.»

Pues bien, he aquí una de las instrucciones auténticas, dadas a un jefe secreto de la Masonería:

«Tienes que rechazar implacablemente y combatir hasta la muerte, por cuantos medios ponemos a tu disposición:

- Tal dinastía.
- Tal Institución.
- Esta clase social.
- Aquella influencia política.
- Esta otra autoridad gubernamental.
- Este personaje notorio.
- Tal individualidad destacada.
- Las estructuras políticas, sociales y religiosas, en general.
- Tienes que rechazar y combatir hasta la muerte a todos y a todo, en suma, que al erigirse en adversarios de la Revolución Social y en defensa de la idea del Reino o de la sociedad cristiana, formen con ello un obstáculo o un retraso para el cumplimiento de nuestra misión social y política, misión que nuestro jefe supremo nos ha confiado y que estamos muy próximos a cumplir.»

¿Qué le parece?

Por esa instrucción auténtica, dada por el jefe supremo de la Orden a un grado 33 de la secta, se posee un índice de acción inquisitiva para localizar a los «estroncios» políticos. Todo el que combata y rechace lo que la Masonería manda que hay que rechazar y combatir debe ser puesto en observación. A lo mejor, el tal no será masón; pero si su proceder es masónico, conviene guardarse de su influencias y de sus actos...

—¡Oiga! ¡Oiga! De eso que usted propone a la Inquisición no hay más que un paso.

—¿Y se asusta usted por eso? Más debiera asustarle ese abandonarse al riesgo de que, a corto plazo, caigan sobre usted, sobre su esposa y sus hijos, aquellos «estroncios» y que les devoren sin misericordia, como ya han devorado a muchas naciones confiadas y a cientos de millones de hombres, de cristianos fieles, liberales, confiados y sencillos...

¡YA LO SABIAMOS!

Pero Monseñor Guerra Campos nos lo recuerda

Sin nadie que le impida o entorpezca al señor obispo de Cuenca explanar su doctrina magisterial y de apostolado, viene insertando en el «Boletín Oficial» de su diócesis lo que ya no le podemos oir en aquel espacio televisivo denominado «El octavo día». Ahora, pues, la palabra de monseñor Guerra Campos se ha engrandecido y sublimado. Ya no la dedica al *día octavo*, sino al día supremo del Juicio Final. Al que tendremos que comparecer todos...

Ultimamente, el señor obispo de Cuenca ha publicado en el citado boletín un extenso estudio acerca del valor y autoridad magisterial de los acuerdos de la Conferencia Episcopal en relación con el Concilio. Y el señor obispo afirma que «*algunos publicistas manipulan los Acuerdos de la Conferencia como si todos fuesen decretos de una jurisdicción supradiocesana*».

«*La Conferencia* —dice— *no hace que la potestad episcopal resida, como en sujeto primario, en un cuerpo o colegio de obispos del que los miembros fuesen sólo ejecutores*», puesto que «*cada obispo diocesano es responsable ante el Señor y ante la autoridad suprema de la Iglesia, que le da la misión canónica, no ante la Conferencia. Cada obispo ejerce personalmente, en nombre de Cristo, una potestad que es propia, ordinaria e inmediata*».

También afirma monseñor Guerra Campos:

«*La misma Conferencia Episcopal Española ha escrito en* 1969 *que no puede impedir que un Obispo haga su propia declaración sobre el mismo tema que ocupe a la Conferencia*.» De ahí que «*si los documentos doctrinales no obligan a los obispos que no los hagan suyos, no sé cómo pueden vincular a los fieles*».

* * *

Sí, como ya sabíamos, los Acuerdos de la Conferencia Episcopal Española carecen del carácter de decretos de jurisdicción supradiocesana y, por tanto, no vinculan a los obispos que discrepen ni a los fieles que discrepen también, ¿qué valor y función son los atribuidos a la Conferencia Episcopal? Tal vez sean importantes el valor y la función, en la Conferencia, de los obispos auxiliares, con cuya voz y cuyos votos se adaptan acuerdos. Pero acuerdos éstos sin fuerza de obligar a los obispos, en sus diócesis, y a los fieles en su conciencia...

"TUS DOS LINEAS"

Por José María PEREZ, Pbro.

Cuando quiere Dios, por su bondad infinita, alzarnos hasta él, cuanto lo sufre nuestra flaca naturaleza humana, danos un principio vital sobrenatural, deiforme, que es la GRACIA habitual. La cual Gracia se llama *creada* por oposición a la Gracia *increada*, que consiste en la morada del Espíritu Santo en nosotros.

Ahora bien, esta Gracia nos hace semejantes a Dios y a él nos une estrechísimamente. La definen comúnmente los teólogos como: Una cualidad sobrenatural, inherentes a nuestra alma, que nos hace partícipes real, formal; pero accidentalmente, de la naturaleza y de la vida divinas.

Y esta cualidad nos hace ser, según la enérgica frase de San Pedro, participantes de la naturaleza divina: *Divinae consortes naturae* (2 Pedro 1, 4). Nos hace entrar, como dice San Pablo, en comunicación con el Espíritu Santo: *Communicatio Sancti Spiritus* (2 Corintios 13, 13). Y nos pone en sociedad con el Padre y el Hijo, agrega el apóstol San Juan: *Societes nostra cum Patre, et cum Filio ejus Jesu Christo* (I Juan 1, 3).

• La Gracia de Dios es, lector amigo, vida, la auténtica vida de nuestra alma. Y ¿cómo la conseguimos? ¿Cómo la gozamos?

Voy a servirme de una parábola. Así comprenderás también el encabezamiento de mi sermón de hoy. Y mataremos, como dicen, dos pájaros de una pedrada.

• Estaba un buzo a punto de sumergirse en las profundidades del mar, donde yacían los restos de un buque naufragado. Iba a extraer el tesoro que llevaba en sus arcas. Había él acabado la carrera recientemente y estaba bien entrenado; pero ésta seria su primera gran empresa marina.

Y en el preciso momento de vestirse la escafandra, el capitán le recordaba su advertencia final, de capital importancia:

—No te olvides de vigilar constantemente tus dos líneas: que ellas estén siempre libres y funcionen bien. ¡Recuerda que de ellas depende tu vida!

Y sabíase perfectamente el buzo que «sus dos líneas» eran: el tubo de aire y el cable telefónico que comunicaba con la Dirección del buque.

Por fin sumergióse hasta el fondo. Pero allí, ya entre los despojos, no podía ver claramente sus dos líneas: estaba casi a oscuras. Y muy pronto se dio cuenta de que el tubo de aire no funcionaba normalmente: le faltaba aire. ¡Se habría por ventura enredado entre los restos del naufragio?

Oyeron a bordo una llamada.

—¿Qué pasa?

—El tubo de aire no funciona bien.

—Aguarda un momento.

Y, a los pocos segundos, nuestro hombre volvía a respirar con toda holgura... Y pudo localizar el tesoro y terminar felizmente su cometido.

• Hasta aquí el hecho, y ahora la aplicación. Naturalmente cada uno tiene su modo de pajear, al hacer sermones.

El domingo siguiente, el buzo de mi historia estaba oyendo la santa misa. Y el sacerdote, en su homilía predicó a los fieles sobre la Gracia.

Nuestra patria —les decía el buen sacerdote—, nuestra patria es el cielo. Aquí, en el suelo, somos cual extraños y peregrinos. Tan sólo puede vivir nuestra alma con el soplo de la Gracia de Dios, con el aliento del alto cielo...

Y nuestro devoto buzo se conmovió, y dijo para sí:

—Eso es lo que me sucedió a mí en el fondo del mar. Allí los peces pueden respirar y vivir alegremente: su patria es el mar. Yo me hubiera asfixiado a los dos minutos, sin el aire del cielo...

• Y acomodemos ahora, lector pío, los pensares del predicador y del buzo oyente. Y digamos que el tubo de aire que da la vida a nuestras almas son los SACRAMENTOS, y que el cable telefónico que nos comunica con Dios y nos une con nuestro Capitán Jesucristo, es la Gracia.

SACRAMENTOS y ORACION: los medios de comunicación entre el cielo y la tierra. ¡Mediante la GRACIA!

Allá, en la soberbia fachada de la basílica de San Pablo, en Roma, hay un bellísimo mosaico. En su parte central aparece un cordero. Debajo del cordero salen siete fuentes. En tales fuentes sacian la sed mansas ovejas.

¿A quién representa el cordero? A Nuestro Señor, Jesucristo, sacrificado en el árbol de la Cruz para salvarnos a nosotros. ¿A quién, las siete fuentes? A los sacramentos, que son los canales de la GRACIA. ¿Y las ovejas? Son las almas que viven de la Gracia de Dios.

• ¿Me permites divagar un poco más? Pues un rey, muy poderoso y amante de sus vasallos, quiso más favorecerles todavía, y para ello estableció unas cajas bien provistas de dinero en todas las ciudades de su reino. Los vasallos no tenían que hacer otra cosa sino presentarse a los administradores y pedir lo que quisieran. Con sólo pedir, recibían grandes sumas para pagar sus deudas o aumentar su fortuna.

Pero, ¡cosa extraña!, sucedió algo fuera de camino: aquellos vasallos, o por desdén o por negligencia o por otra demencia, no acudían a las cajas. Y éstas permanecían llenas de dinero, más ellos arrastraban una vida miserable y llena de premuras y necesidades.

¿Considerarías a estos vasallos dignos de compasión? ¿No tenían ellos mismos la culpa de todas sus miserias?

• Pues cosa parecida sucede a gran parte de los hombres. Jesucristo ha despositado las inconmensurables riquezas de sus méritos redentores en las cajas de los Sacramentos. Que no es necesario ir a Roma para aprovecharse de ellos. En todas las parroquias, en todas las parroquias, en todas las iglesias están las cajas de la divina Gracia.

No hay más que ir a pedir a los administradores, para que éstos den a cada uno lo que necesite para su vida de espiritualidad: de cristiana perfección. *Estote ergo vos perfecti.* «Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre de los cielos es perfecto» (Mateo 5, 48).

Pero los hombres, tan llenos de deudas, tan llenos de necesidades y miserias del espíritu, no acuden a las cajas. ¡Abandonan los Sacramentos! ¿No es la misma ingratitud? Lo peor que podéis decir de un hombre es que es ingrato!

• Como bien tú sabes, por la doctrina del Catecismo: Sacramento es un signo sensible, instituido por Jesucristo para darnos la Gracia. Y los Sacramentos son siete: Bautismo, Confirmación, Penitencia, Eucaristía, Extremaunción, Orden sacerdotal y Matrimonio.

Dan ellos siempre la Gracia, si se reciben con las disposiciones necesarias. Pero el que recibe un Sacramento sin las disposiciones necesarias comete pecado mortal de sacrilegio. Y se recibe una sola vez el Bautismo, la Confirmación y el Orden sacerdotal, porque imprimen en el alma una señal imborrable, que se llama «carácter» sacramental.

Recuerda, medita, estudia de continuo el valor divino de los Sacramentos para la vida fructífera de tu alma. Son ellos, repito, cual manantiales de la divina Gracia.

• Y el modo más común de merecer la Gracia es la ORACION. *Petite, et accipietis.* «Pedid y recibiréis, y quedará colmado vuestro gozo» (Juan 16, 24).

Orar es hablar con Dios, nuestro Padre celestial, para alabarle, darle gracias y pedirle toda clase de bienes. Y tenemos obligación de orar, porque el mismo Jesucristo nos lo manda: «También yo os digo: Pedid y os será otorgado. Buscad y hallaréis. Llamad y se os abrirá. Pues todo el que pide alcanza, y el que busca halla, y al que llama se le abre» (Luces 11, 9-10).

Sí, tenemos obligación de orar, porque es la oración, por voluntad divina, el medio ordinario para alcanzar la Gracia y los beneficios de Dios.

• Ora, pues, con atención, humildad, confianza y perseverancia. Dios oye siempre nuestra oración y nos concede, no lo dudes, lo que más conveniente es para nuestra salvación. La salvación del alma es lo principal. Todo lo demás viene por añadidura, según el santo evangelio.

La oración más excelente es el PADRENUESTRO: lo enseñó Jesucristo a los apóstoles. Y las principales oraciones a la Santísima Virgen son: el *Avemaria* y la *Salve*. Y es también conveniente hacer oración a los ángeles y a los santos. Ellos no dejarán de interceder por nosotros delante de la majestad de Dios en el cielo.

• Acostúmbrate, pues, a orar y acabo. La escritora Dorothy Day, en su libro *From Unión Square to Rome*, refiere cómo, siendo ella niña, conoció al primer católico.

Serían —dice— aproximadamente las diez de la mañana cuando subí a casa de Catalina para decirle que saliera a jugar. No había nadie en el vestíbulo, ni en la cocina, los cacharros del desayuno estaban recogidos.

Aquellos pisos constaban de habitaciones consecutivas y, suponiendo que los niños se encontrarían en la del fondo, atravesé corriendo los dormitorios, y, en el último cuarto, la señora Barrett estaba de rodillas haciendo sus oraciones. Volvióse para decirme que Catalina y los niños habían ido a la tienda, y continuó rezando...

Experimenté —sigue ella— en aquel instante una sensación tal de afecto hacia la señora Barrett, que jamás la he olvidado: un sentimiento de gratitud y dicha que aún alienta en mi corazón, al recordarlo. Tenía a Dios con ella y, por tanto, alegría y belleza en su vida.

Durante toda mi vida lo que estaba haciendo no se apartó de mi pensamiento. Y aún oprimida por el problema de la pobreza y la injusticia, aunque protestara de la miserable suerte humana y, durante años, me aferré a la fisolofía de determinación económica como explicación al destino del hombre: había momentos que, en medio de la miseria y la desgracia, la vida se me antojaba algo maravilloso.

La señora Barrett —acaba— en su pobre apartamento, terminaba de recoger a las diez en punto los platos del desayuno, y se arrodillaba para orar a Dios...

• Ya ves, amigo quepasense, hasta dónde nos ha llevado «Tus dos líneas» del encabezamiento de mi sermón. Desde el mar profundo hasta el cielo, pasando por nuestra tierra, la Oración y los Sacramentos nos hacen respirar el aire puro de la GRACIA: que es el anticipo de la Gloria.

Entre vivos y muertos

Por IJCIS

1. *GRITO DE ALARMA.*—Lo ha dado con sobrada razón el Centro de Estudios Históricos y Políticos General Zumalacárregui, ante el anuncio de que se realizará estos primeros días de septiembre en San Lorenzo de El Escorial un Congreso Internacional de «parapsicología» y ciencias ocultas.

La participación de conocidos ocultistas y brujos y *mediums-espiritistas*, la copiosa propaganda repartida, el *estratégico* lugar elegido, el tema del Congreso y el peligro de que se celebren *misas negras* con satanismo sacrílego..., todo parece ideado para reírse de las esencias religiosas hispanas, mofarse del Magisterio de la Iglesia, escupir una vez más (y allí precisamente) sobre la historia patria y profanar la tumba de nuestros muertos.

Al amigo que nos arrancó la promesa —más vencidos que convencidos— de escribir algo sobre el asunto, le preguntábamos si no se habrían pronunciado ya nuestros obispos. Se echó a reir.

Nada extraño. ¿Qué se puede esperar de unos señores cuyos consejeros y peritos cualificados: o no saben qué es eso de la presencia eucarística (González Ruiz), o ignoran la suerte de las almas antes de la resurrección final (Luis Maldonado), o están aprendiendo «a pensar la fe, no en función de la Iglesia, *que no es una realidad definitiva*, sino en términos de mundo y de humanidad»? (Sebastián Aguilar).

En un periódico popular cual es el nuestro, apenas es posible rozar el tema, dando, eso sí, la verdadera doctrina católica. Su desarrollo es más propio de otras publicaciones: «*Roca Viva*», «*Iglesia-Mundo*», y pocas más enteramente ortodoxas.

2. *LOS MUERTOS.*—La Iglesia —resumimos al Vaticano II— únicamente alcanzará su plena perfección en la gloria celestial. Antes de reinar con Jesucristo glorioso, todos debemos comparecer ante su tribunal para dar cuenta de nuestras obras en la vida mortal, y al fin del mundo saldrán: los que obraron el bien, para la resurrección de la vida; los que obraron el mal, para la resurrección de la condenación. Así hasta que el Señor venga revestido de majestad, y destruida la muerte, se le sometan todas las cosas, algunos de entre sus discípulos peregrinamos en la tierra; otros, ya difuntos, se purifican (en el purgatorio); otros, ya glorificados, contemplan claramente al mismo Dios.

La unión de los peregrinos con los hermanos que durmieron en la paz de Cristo de ningún modo se interrumpe, antes al contrario, según la fe perenne de la Iglesia, se fortalece con la comunicación de bienes espirituales. La Iglesia de los peregrinos (militante) desde los primeros siglos del cristianismo tuvo conocimiento de esta comunión de todo el Cuerpo Místico de Cristo, y por eso veneró con gran piedad el recuerdo de los difuntos y ofreció también sufragios por ellos.

El Concilio recibe con gran piedad tan venerable fe de nuestros antepasados acerca de la unión vital con los hermanos que están purificándose después de la muerte, o están ya en la gloria celestial, y de nuevo confirma los decretos de los Concilios II de Nicea, de Florencia y de Trento.

Efectivamente, esa presencia activa de los muertos no queda enterrada con sus cuerpos, sino que se vuelve más eficaz que cuando vivían entre nosotros y es la base del culto de los santos —y santos en su acepción más amplia son todos los que se salvan.

San Pedro promete a sus discípulos llamarles con frecuencia la atención desde la otra vida sobre sus enseñanzas. ¿Y quién no conoce el anhelo de Santa Teresita —de no descansar hasta que el último mortal se hubiera salvado— y que su ocupación *sería derramar una lluvia de rosas sobre la tierra*?

La Virgen sobre todo nos está ininterrumpidamente formando en su seno como hijos de Dios, *¿y quién más presente al niño en el seno de su madre que su misma madre?*

Ni es indispensable que el difunto goce ya de la visión beatífica en el cielo. Basta que se haya salvado, pues así participa ya de la vida divina, si bien no en su plenitud. Por eso, el pueblo cristiano, bajo la mirada complaciente de la Iglesia, no sólo reza *por* las almas del purgatorio, sino que suplica su intercesión. Y es que muy probablemente pueden impetrar en favor nuestro...

Gran consuelo, en medio de la pena por la separación de los seres queridos, saber de esa presencia espiritual fraterna, y que, a la vez que nosotros oramos por ellos, pueden ellos rogar por nosotros: o desde el purgatorio o, mucho más, desde el cielo.

La Iglesia celebra con fe el Misterio Pascual, la santa misa, en las exequias de sus hijos, a fin de que aquellos que fueron hechos, mediante el bautismo, concorpóreos de Cristo muerto y resucitado, con el mismo y por el mismo Jesús pasen de la muerte a la vida, debiendo ser purificados y asociados a los santos y elegidos, en cuanto al alma, y en cuanto al cuerpo, aguardar con bienaventurada esperanza la venida de nuestro Señor Jesucristo y la resurrección de los muertos. Ofrece el Sacrificio Eucarístico de la Pascua de Cristo para librar a los difuntos de sus penas, y derrama en favor de ellos preces y sufragios, a fin de que por *la comunión de los santos*, es decir, por esa comunicación íntima y vital existente entre todos los miembros de Cristo, entre todos los hijos de la Iglesia —de la tierra, del purgatorio y del cielo—, lo que para unos es sufragio, para otros sirva de consoladora esperanza.

Y ruega *al Dios para quien viven todas las cosas* que los cuerpos que hemos enterrado como deleznables y caducos, los resucite vigorosos, para que nuestros hermanos, redimidos de la muerte y conducidos sobre los hombres del Buen Pastor, merezcan gozar de la perenne alegría y de la sociedad venturosa del Rey Eterno, de la Virgen María y de todos los Santos... Mientras a nosotros nos reanima con el consuelo de la fe y la esperanza de la vida eterna.

3. *AQUILATANDO MAS.*—Las VERDADES DE FE sobre las postrimerías *las subrayamos* a continuación:

a) *El tiempo de prueba y de mérito se acaba con la muerte. Al instante el alma va definitivamente o al infierno o al cielo, previo el paso por el purgatorio si necesita purificarse. Es la sentencia irrevocable del juicio particular de Dios.*

b) *La esencial felicidad del cielo consiste en la visión, amor y gozo de Dios. Los bienaventurados serán eternamente felices, si bien esa felicidad (inefable) será desigual según la diversidad de méritos.*

c) *Cuantos mueren con pecado mortal son condenados a la pena de daño (privación de la gloria) y a la pena de sentido en el infierno. Las penas del infierno son eternas.* El fuego del infierno no es metafórico, sino propio. (Esta última sentencia se tiene como doctrina cierta en teología, de suerte que el negarla sería al menos temerario.)

d) *Las almas de los justos que mueren con deudas (de pecados veniales o de pena temporal por los mortales ya perdonados) son purificadas en el purgatorio antes de entrar en el cielo. Mas pueden ser socorridas con los sufragios de los fieles.*

Nada se puede asegurar sobre la duración *individual del purgatorio.* Sus tormentos se estiman acerbísimos. Pero es característico del purgatorio,*que lo distingue esencialmente del infierno*, reunir con un dolor inexplicable el gozo más intenso, nacidos del amor y la esperanza: se saben amados de Dios, a quien ellos igualmente aman, y seguros de la gloria.

Sobre las apariciones de los difuntos ya San Agustín, desechando muchas fábulas, admitía casos de alguna que otra aparición, que sabía distinguir de los sueños de los frenéticos. No se pueden negar prudentemente las registradas en las vidas de los santos, como Santa Teresa y San Juan Bosco...

4. *LOS VIVOS.*—Los vivos somos nosotros, que queremos penetrar con insana curiosidad en el reino de los muertos y establecer un comercio ilícito con los espíritus.

Es la *superstición*, que suele desarrollarse en proporción inversa de la fe. Y la superstición es *un culto religioso falso*: ya por su esencial desorden, como cuando se tributa al ídolo o a la criatura el culto debido a Dios; ya por el modo, si es torpe, supérfluo, irracional...

Prescindamos de la *idolatría* propiamente dicha, muy rara entre nosotros, pecado de suyo gravísimo, que, o por sí mismo o por el contexto, entraña la apostasía de la fe y aun el odio a Dios. Más frecuente puede ser la *observancia supersticiosa*, que los moralistas definen: como el intento de alcanzar determinado efecto con medios desproporcionados, invocando, al menos implícitamente, a una criatura como a Dios.

En sus diversas formas —adivinación, magia, maleficio, vana observancia—: o viola el honor de Dios, o arrastra a la abjuración de la fe con posibles injurias a Cristo y a los santos, o conculca la caridad y la justicia, o, por lo menos, pervierte la genuina oración cristiana y la legítima y ordenada comunicación con el Señor y los bienaventurados.

Pecan ciertamente: los adivinos de oficio y cuantos los incitan a consultar al demonio; ni se eximirán fácilmente de pecado los que en todo se guían por sueños, cartas y astrología. A veces no pasará todo ello de una simple ligereza, vana curiosidad y tontería...

No hay espacio para tratar del *hipnotismo*, que será lícito si, con causa proporcionada y con prudencia, se buscan efectos naturales; ilícito, si se pretenden efectos sobrenaturales o perversos, y aun buenos si los procedimientos son malos.

Y llegamos al ESPIRITISMO, que cree poder evocar al espíritu de los muertos para conversar con ellos. Al son de los golpes oídos en casa de la familia Fox, en Estados Unidos (1848), pronto se propagó cual epidemia con su excitante y variopinto exhibicionismo, favorecido por la culta ignorancia, la superficialidad moral e intelectual y el vacío religioso y, no obstante, los mil fraudes que estudiara, entre otros muchos, el jesuita mexicano Heredia.

Este *arte* de comunicarse con los espíritus y de averiguar por ellos las cosas ocultas, es una *verdadera superstición*, intrínsecamente mala, peor que las anteriores por su mayor afinidad con la impiedad y la herejía.

Las graves cautelas en este punto las resumen así los moralistas:

No es lícito tomar parte en cualesquiera conferencias o manifestaciones espiritistas, aunque parezcan decentes y respetuosas, sea interrogando a las almas o a los espíritus, sea recogiendo sus respuestas, sea como mero espectador, aunque tácita o claramente se proteste de no querer tener parte alguna con los espíritus malignos. Ni se ha de olvidar que los libros sobre estas materias están prohibidos por el Código.

En la duda de si un efecto se debe a causa natural o preternatural, hay que suponer, de ordinario, que se debe a *causa natural*; si sobrepasa ciertamente las fuerzas naturales y se duda de si es Dios o es el demonio el que lo ha producido, es de presumir que sea *el demonio* (ver Arregui-Zalba).

Y no hay que ser tan ingenuo como para no descubrir bajo el vicioso follaje de mucha parapsicología y mucha ciencia *la cola serpentina* del diablo, y percibir entre el palabrerío de los más sabios, ocultistas y brujos más osados... la más mefistofélica de sus risas.

La superstición es el sucedáneo de la fe. El espiritismo es el sucedáneo y la falsificación... del espíritu.

A LA CAZA DE VERDADES

Por M. SEMPRUN GURREA

DE TODO UN POCO.—En algunos países latinos se discute aún apasionadamente si es lícito o no el aborto voluntario. En países sajones con la amoralidad que les caracteriza, ya lo han resuelto. Inglaterra, la más inmoral de las naciones europeas, después de Suecia y Dinamarca —según estadísticas de aberraciones—, hizo de la cuestión un asunto comercial. Se ofrece la estancia en Londres, el viaje de ida y vuelta y la realización del crimen, a precios módicos, al alcance de todos los bolsillos, pues incluso se puede pagar a plazos. Así han podido aprovecharse de ello algunas niñas de diversas universidades extranjeras, que han vuelto de Londres conquistadas por el superdesarrollo de Inglaterra. Lo mejor del caso ocurrió cuando, no ha mucho, un grupito de esta «vanguardia universitaria» acudió a la Sorbona de París con algún pretexto cultural. Jactanciosos y «niñatos« comenzaron a alardear de sus conocimientos sobre Marcuse, Mao, Marx, etc., ante el profesor francés que, por suerte —y por desgracia para ellos— les había tocado. Se trataba de un hombre cultísimo, ecuánime y objetivo. Les «caló» en seguida y les dejó «pagados», como dice la jerga estudiantil, pues no supieron contestar, demostrando así su ignorancia de los temas de que habían presumido.

Más tarde, en la sala de profesores, durante un descanso, se comentó jocosamente y alguien opinó que los pretenciosos jovenzuelos no habían ni siquiera oído hablar de Cervantes y que creían que ese nombre era el de una buena marca de jerez. La conclusión que se sacó de todo ello fue que, en efecto, los estudiantes progresistas llevan, no ya cincuenta años, sino siglos de retraso, pues aunque «nadie es profeta en su tierra», los personajes y los hechos que les fueron propuestos eran conocidos en cualquier rincón de tierra propia o extraña desde hace centenares de años.

En Francia todavía no se ha llegado a «proporcionar» el aborto a las extranjeras; la cuestión tan debatida salió en junio a la pantalla de la televisión para que todos pudieran ver y escuchar a los contrincantes, doctores Lejeune y Milliez. Es el primero un hombre dignísimo, muy competente en su profesión y que busca no sólo el bien físico de la mujer, sino su protección moral y la conservación de su dignidad de ser humano. Es el segundo un charlatán que, proclamando libertades, asegura que no puede imponer a la mujer, su médico, la moral que él practica. (Según ese argumento, cuando una esposa vaya a pedirle veneno para matar al marido, Milliez no podrá negárselo. El asesinato se comete lo mismo con pastillas, polvos o píldoras, que con un bisturí.) Como era de esperar de la masa femenina «teleespectatriz» prorrumpieron en vítores y aplausos para el que las desgradaba y en aullidos histéricos contra quien había cometido la torpeza de creer en su inteligencia y dignidad. ¡Enrohabuena al doctor Lejeune; seguramente él ya sabe que cuando «el vulgo aplaude...»

Afortunadamente no todas las francesas son tan cretinas como las mencionadas y otras que escriben reclamando la «sexualidad sin trabas» o llamando a la mujer —con palabras tan groseras como necias— «una cacerola en la cocina de los hombres», y luego incitándola a no serlo, a rechazar frutos recibidos —aunque alguien los llame «dones de Dios»— y a insultar al sabio y respetuoso Lejeune con frases de tan mal gusto que no solamente demuestran la baja calidad del espíritu de quien las profiere, sino, además, la defraudación de la que, para eso, maneja la pluma.

Las otras —citadas al principio del párrafo— son las que han firmado el manifiesto de la «Unión femenina para el respeto a la vida» (también lo hicieron muchísimas estudiantes de diversas universidades). A ellas se han unido la inmensa mayoría de los médicos de Francia, la Asamblea nacional de juristas, un gran número de alcaldes, consejeros generales, profesores de enseñanza media y superior, familias que abrigan en su seno a subnormales, suplicando que el dinero empleado en promover el aborto se aplique para mejorar la situación de los inadaptados.

En fin, no todo huele a podrido en el país del «último tango» —patrocinado por la miseria sicológica, incluso fisiológica, de ciertos españoles— y del pueblo nudista del Yonne, creado como medio de sacar dinero a la hez del turismo universal.

Tampoco se pudre todo en Estados Unidos; los muy jóvenes comienzan, en algunos lugares, a reaccionar contra la pornografía, el crimen, la inmoralidad bajo todos sus aspectos y hasta contra la desacralización de las costumbres religiosas en lo tocante a la manera de vestir y de pasar las horas de recreo y descanso. Por ejemplo, protestan *eficazmente* contra la presencia de curas y monjas en lugares de diversión; en Universidades de Ordenes religiosas el profesorado se ha visto obligado por los alumnos a usar sotana o hábito y las nuevas vocaciones femeninas se dirigen a los claustros más severos. El 20 de junio de 1973, fray Andrés Greeley, escribía en el «Courier Journal» lo siguiente: «... es curioso ver a los jesuitas actualmente no sólo sacando sus viejas sotanas de entre las bolas de naftalina, sino indagando en las páginas de espiritualidad de Ignacio de Loyola para dar gusto a las nuevas corrientes del alumnado... Parecen haber descubierto de pronto que la raza humana *no* apareció por vez primera colgada de los árboles en 1960 y que nuestros predecesores estaban muy lejos de ser los supersticiosos y bárbaros monstruos que pretenden enseñarnos los progresistas.» A esto se une el lamento de los diez años que se han perdido «progresando» y de haberse dado cuenta de que quienes «andaban por las ramas» eran los modernos y no nuestro «antepasado» el mono «evolucionador». Salir de este lío donde se metieron durante el posconcilio les va a costar lo suyo, pero es laudable su intento. Una anécdota chistosa ameniza el artículo: Cierto abad benedictino mantúvose fiel a su hábito, reglas y tradiciones, durante años, mientras sus hermanos en religión tiraban todo por la ventana.

Acosado por éstos y acusándose a sí mismo de terco, decidió condescender. Fue invitado a la reunión general de Abades que tenía lugar en otra ciudad (hará de esto unos meses) y creyéndose muy «aggiornado» se presentó el buen monje con una chaqueta de cuadros muy deportiva. Los demás asistentes que ya ocupaban sus asientos lanzaron una exclamación de sorpresa; en cuanto a él, nos figuramos que se quedaría de piedra: iban todos vestidos con el tradicional hábito de la Orden...

En España, crímenes de lesa infancia se hacen sin derramamiento de sangre, por lo general (no exceptuamos del todo ese método). Ya hemos tratado largamente en las páginas de nuestra revista de los cometidos contra las almas de niños y adolescentes en colegios progresistas, especialmente de monjas. La reacción no ha sido aún suficientemente enérgica y eficaz..., ahora queremos dar cuenta a los padres de familia —sabemos que interesará a los conscientes— de la nueva moda que se ha lanzado, se llama «sexy» y es para empezar a utilizarse apenas cumplidos los cuatro años. A esa edad, sicológicamente hablando, el niño se apercibe muy bien de que le rodea el misterio, no precisamente el que reclama nuestra fe, sino el de cosas naturales, materiales, físicas, que una especie de intuición le asegura que se le irán revelando; de ahí su ansia por descubrir, y esa exigencia, que algunos llamarían equivocadamente terquedad, en obtener respuestas. Aprovechar por un lado la inocencia intacta todavía y por otro el deseo de saber para destruir la primera y desviar al segundo es sencillamente criminal. El servirse de la indumentaria para hacerle fijar su atención en determinadas partes de su físico y realzar éstas de alguna manera es una aberración que sólo puede tener cabida en una época monstruosa como la presente. Hablando del respeto y amor al prójimo (ese amor que hoy queda desleído en vagas teorías y proyectos de justicias sociales y que nada tiene de personal), el sabio y santo jesuita reverendo padre Lóonce de Grandmaison dice: «... debemos un respeto extraordinario, una deferencia marcada a aquellos cuyas almas, nos consta, como en el caso de los pequeñuelos, que están en gracia y son amigas de Dios. Respetando su inocencia, evitemos cuanto pueda escandalizarles y no les induzcamos al mal.» («Nosotros y el Espíritu Santo».)

¡Cuántas mamás preferirán someterles a sus hijos a la moda ¡y qué bien conoce Satanás el paño...! También es posible, ¡pobrecillas!, que no están capacitadas para guiar a mayor altura a esas mentes infantiles, respondiendo con acierto y gracia —gracia de Dios pedida— a sus múltiples interrogaciones.

La compasión es en mayoría de casos cuestión subjetiva con toda su carga de egoísmo. Nos molesta «*ver*» el dolor, sea físico o moral, porque sufrimos nosotros, incluso hay en muchas fisiologías una reacción de repugnancia que llega a producir trastornos ante los padecimientos ajenos. La vista de sangre causa en ciertas personas hasta el desvanecimiento; otras no pueden leer sin llanto o conmociones los relatos de torturas y crueldades cometidas. Todo eso estaría muy bien si resultara de eficacia para remediar o prevenir los males del prójimo, pero como no es así, la compasión verdadera exige en nosotros el dominio de estériles sentimentalismos y el esfuerzo, por grande que sea, de que la sensibilidad se traduzca en obras, que pueden ser de tantas y tan diversas clases que nadie, honradamente, pueda excusarse de hacer unas u otras.

La figura del rey Herodes es para seres normales, repelente, odiosa, infame. Aquellos chiquitines a quienes se eliminaba porque entre ellos había un rival del monarca; aquellas madres sollozando, retorciéndose de dolor; aquellos soldadotes inicuos que de un tajo cortaban una cabecita, que tirando de una pierna o de un bracito arrancaban a una criatura del regazo materno...; todo ello espantoso, espeluznante..., ¡espectacular!... A esos infelices se les privaba de «realizarse» en este mundo; se les asesinaba de una manera indudablemente peor que bestial, y todo por la ambición mezquina de un ruin tirano. Grandes artistas han reproducido en lienzos la inolvidable tragedia, y una generación tras otra se ha conmovido ante el hecho... Los Santos Inocentes gozan de la Visión Beatífica; no se les robó la Vida Eterna; su muerte aparatosa fue casi instantánea... La mujer que mata a su hijo y el médico cómplice del asesinato, escapan a la justicia humana, no tienen las fibras del falso sentimentalismo, no alteran el proceso de la digestión de las masas, no dan espectáculos desagradables; actúan privadamente, discretamente, sin exteriorizaciones... Privan a una criatura no sólo de ejercer una misión para la cual su alma fue enviada a la Tierra, sino también de encontrarse un día «cara a cara» con su Creador, al cual jamás podrán conocer y tendrán que contentarse con una felicidad natural aquellos que pudieron haber contemplado a Dios, a la Santísima Virgen y a los ángeles en la Gloria...

El motivo del crimen ha sido: evitar a una joven que pierda la línea, o a una mujer el honor de aceptar la responsabilidad de una culpa que se humilla y redime al confesarse públicamente y, por fin, ayudar a los Gobiernos a que sigan utilizando dinero para las guerras, contribuyendo a resolverles el problema *inexistente* de la expansión demográfica. ¡Haced, «quepasistas», las comparaciones pertinentes!... (*Continuará D. m.*)

DESDE HERVAS (CACERES)

Amistad Judeo-Cristiana pero sin insultar

Por GAUDENCIO

Al norte de la provincia de Cáceres se encuentra Hervás. Metido en plena sierra y regado por el río Ambroz, no es mal lugar de veraneo, sobre todo en una Extremadura en que el sol se enseñorea de lo lindo. Aparte de otros atractivos para el turista, posee un barrio judío como puedan quedar pocos en España. Estoy seguro que todavía podrían abrir sus puertas las llaves que se llevaron sus moradores, expulsados de España en tiempos de los Reyes Católicos, si es verdad que las conservan. Los muros de adobes, los balcones salientes sostenidos por gruesas vigas, las ventanas estrechas, las calles tortuosas y empinadas...; todo permanece como ellos lo dejaron. Hasta hay un recodo que llaman la «Sinagoga», donde se conserva un caserón que ha servido, en esta fiebre ecuménica, para que rabinos y clérigos celebraran en grata hermandad el rito de la Pascua.

La gente, en cambio, vive ajena a todo ecumenismo y mira con curiosidad a los curiosos y se admira de sus admiraciones, y hasta se molesta si ve en estos gestos o en preguntas que se le hagan como cierta alusión a su posible ascendencia judía. «*Los judíos estarán allí* —dicen apuntando al barrio más rico—; *que nosotros somos pobres, pero cristianos.*» En una especie de desagravio, de estos que ahora se acostumbran, le han dedicado una calle a la *Amistad Judeo-Cristiana*, con lápida en hebreo y todo; y si uno les dice a los pacíficos moradores del barrio que de dónde aquella amistad con los judíos, te contestan al vuelo: «*¡Ave María Purísima! Nosotros nada sabemos de eso, ni hemos intervenido en nada.*» No disimulan su enojo. Son gente sencilla, cristianos viejos, que saben tanto del rey Salomón como del moro Muza.

Hasta tanto llega su ignorancia y su buena fe, que nos encontramos con un hombre ya de edad, que traía de cabestro un burro con sus aguadillos o serón, que, al preguntarle algo de aquel barrio, nos espetó con cierto aire de misterio lo siguiente: «*Dicen que antiguamente en estos lugares había algunos hombres que tenían un rabo.*» «*¿Un rabo?*», le dijimos extrañados. «*Sí, señores, un rabo o un rabino; pero el que fuera grande o pequeño yo no me meto; la cuestión es que lo tenían, según dicen.*» No pudimos sostener la carcajada. Sabido es que en toda Extremadura el diminutivo se expresa siempre con la terminación *ino*, y aquel buen hombre no entendía de otros *rabinos* que del apéndice posterior de los animales, y así lo había entendido siempre, cuando oía que los hebreos tenían su *rabino*. «*No obstante* —siguiendo la broma—, *¿ya no quedará ninguno entre ustedes?*» Y él muy serio, añadió: «*Se fueron todos, gracias a Dios.*»

Con el resurgimiento del ecumenismo hicieron en estos parajes una gran fiesta los patrocinadores de la Amistad Judeo-Cristiana para alejar recelos y estrechar los lazos de amistad; y, *ad memoriam rei perpetuam*, aparte del letrero ya mencionado en caracteres hebraicos, les encasquetaron, junto a una fuente (por cierto abundante y fresca, que se apetecía en plenos calores de agosto), un letrero en bronce con una poesía que bien estaría traerla entera, pero que, por no abusar, sólo trasladamos unos versos:

Con ansia secular ya realizada
cruje alegre su flor en mis entrañas,
ya las burlas incultas solapadas
borra el decreto que promulga España...

Abrid la sinagoga
que con susto de hoguera
abandonó el rabino,
prended las siete llamas
del candelabro altivo,
que alumbren generosas
absurdo oscurantismo.
Vamos a redimirnos
de históricos pecados...

Por lo que se ve no basta para renovar nuestra amistad con los judíos, que quitemos de nuestras súplicas el calificativo de «*pérfidos*», y ocultemos el pecado de deicidio, absolviéndolos de toda culpa; hemos ahora de confesarnos reos de «*oscurantismo*», de levantar «*hogueras*», y poco menos que avergonzarnos de que nuestros Reyes Católicos dieran un tan «*inicuo decreto*».

Siguiendo este razonamiento, España no va a tener más que pecados. Un pecado gordo, de ocho siglos de duración, desde Covadonga hasta Granada, contra *Alá*, por la expulsión de los musulmanes; y ahora este otro contra Jehová, por la de los judíos. A nosotros nos han echado de todos los puntos del orbe, y lo hemos aceptado con toda resignación, y, que sepamos, no ha entonado el *mea culpa* ninguno de los expulsadores. Nadie sueña hoy con reconstruir el antiguo Imperio español, en que el sol no encontraba reposo. Pero que no nos dé por sacudir una mosca de nuestro territorio, que tenemos en seguida a toda Europa poniéndonos de vuelta y media. ¿Qué digo Europa? Nosotros mismos nos partimos el pecho con duros golpes de contrición. Conozco a algún miembro de la familia del poeta, que por cierto no es ningún rabino, como podría sospecharse, sino cristiano de pura cepa. Pero aquí somos así. Dejamos pequeño al más pintado cuando se trata de pedir perdón. Ahí está aún fresca nuestra famoso *Conjunta* para demostrarlo.

No soy enemigo de nadie por naturaleza y por la gracia de Dios. Amo al pueblo judío elegido por Dios para mandarnos a su Hijo. Pido a Dios que vuelvan a llenar el puesto que un día abandonaron. Pero no comprendo que para buscar la amistad haya que recurrir al insulto. Si hay que echar un baldón sobre los Reyes Católicos para reanudar esta amistad judeo-cristiana, que no cuenten conmigo. A costa de la Reina Santa no fraguará amistad alguna. Ella supo mucho mejor que nosotros lo que quería, y no le faltaba caridad para con nadie, incluidos los judíos.

Carta al Director

Barcelona, 15 de agosto de 1973

Distinguido señor: Contando de antemano con su benevolencia, quisiera asimismo testimoniar que:

YO TAMPOCO ESTOY CONFORME CON EL PADRE PACIOS. Y MUCHO MENOS CON EL LECTORAL DE VALENCIA.

En cuanto al padre Pacios se refiere, desearía hacer constar que las observaciones —acertadas o no— que él hace sobre el «Manual del pueblo de Dios», en la práctica pueden interpretarse como el que exige a sus hermanos en el sacerdocio la perfección de Nuesrto Señor Jesucristo, y ésta, desde luego, nadie la conseguirá. Hasta los más grandes santos han tenido sus defectos y algunos de ellos algo más también. A ninguna persona humana le es dado librarse del mal, a excepción de la Santa Madre de Dios, la siempre Virgen María; los demás..., es mucho mejor que humildemente bajemos la cabeza.

Con referencia a don Juan Angel Oñate, lectoral de Valencia, pláceme recordarle:

1.° Que Dios es libre de manifestase como quiera y por mediación de quien quiera transmitir sus mensajes a quien le plazca, sin que ello presuponga virtud, inteligencia, buena conducta, ni mucho menos la salvación o condenación eterna si quien recibe el mensaje es una persona humana. Recuerde, padre, que Dios también hizo hablar a la burra de Balaam. Y en este sentido siempre se ha pronunciado el Magisterio de la Iglesia.

2.° En las primeras apariciones de la Santísima Virgen en Garabandal, una de las muchas cosas que sorprendieron fue que nuestra bendita Madre del cielo dijo a las videntes que sus familias irían encontradas y que ellas mismas andarían mal, y todo sería como un reflejo de lo que por aquellos tiempos pasaría en la Iglesia. (¡Qué de comentarios adversos hubo entonces por parte de muchos sacerdotes! ¡Cómo podía decir la Virgen que la Iglesia iría mal! ¿No sabe la Virgen que la Iglesia tiene la ayuda del Espíritu Santo? ¡Esto es falso y sacrílego! ¡Yo, como cura, no lo puedo admitir! ¡Y cuántas cosas peores se dijeron!)

Pero gracias a Dios todo se cumple al pie de la letra. ¿Qué importan, pues, las opiniones humanas? ¿Acaso no estamos hartos de quienes juzgan a la Iglesia por lo que hace tal o cual sacerdote? Pues esto, padre, viene a ser lo mismo, y recuerde que la sabiduría finita jamás puede abarcar a la Sabiduría Infinita...

Le dirijo estas líneas, señor director, sin ánimo de polémica. Sólo pretendo que todos aquellos que han leído esas corrosivas palabras escritas sobre Garabandal y basadas en conductas humanas que no son ni en lo más mínimo pecaminosas y que por tanto no es lícito retorcer; mediten y vean —TIENEN DERECHO A ELLO— cómo lo dicho por Nuestra Señora se cumple exactamente según Ella nos anunció.

Con la seguridad de que la Santísima Virgen sabrá holgadamente premiarle la inserción de la presente en la digna revista que dirige, que es tanto como salir en defensa de la palabra de Dios, queda suyo affmo.

CANONN

P. D.—Con ocuparse de los verdaderos enemigos de Dios, ya hay bastante, reverendos padres.

— NO HAY DIALECTICA NI SOCIOLOGIA SIN DIOS.
— NO HAY UNIDAD NI PAZ EN LOS HOMBRES Y EN LOS PUEBLOS SIN DIOS.

POR ESO:

— EN "¿QUE PASA?" NO SE HACE MAS POLITICA QUE LA DE DIOS.

Católicos: ¡Atención a las "Hojas Dominicales"! Por A. TIZA

Existe una forma de extender la herejía progresista que busca la impunidad; una forma, diríamos, segura y con indudable, por lo menos parcial, éxito. Forma clandestina, insidiosa; es la principalmente elegida por los MEDIOS DE ¡*COMUNICACION*! que están en las manos del sector eclesiástico invadido por el humo de la «FUENTE —MULTIPLICADA— DE TODAS LAS HEREJIAS» (San Pío X) que es el monstruoso y gigantesco hijo del modernismo llamado progresismo. Esta forma de propagar el error es la de SILENCIAR LA VERDAD; no se niega, SE CALLA. Entre tanto, se va goteando en las mentes —«MENTALIZAR»— el error disfrazado, el veneno, para contrarrestar el cual, en vano se buscará por los espíritus angustiados, perturbados, la triaca salvadora, porque aquellos MEDIOS DE COMUNICACION se han encargado de INCOMUNICAR a las almas aislándolas de todos los MEDIOS que podrían salvarlas de caer en el error. Si lo que es peor, con algo más de riesgo, dejando entrever un poco las siniestras facciones de la herejía que asoma, se expone en parte esa verdad, se la sirve con el contrapeso de un COMENTARIO, de una EXPLICACION, de una ADAPTACION que la desfigura o neutraliza. Aquí el arraigo de la mentira, del error herético, busca la profundidad porque imposibilita a las almas, las paraliza, proveyéndolas de falsedades y administrándolas la DROGA que las impide buscar la VERDAD al infusionarlas con la dosis de error que habrá de neutralizar aquella VERDAD si por ventura ella llamara a su conciencia o a su mente. En las diócesis regidas por jerarquías progresistas, las «Hojas Dominicales» —forma de comunicación directa de la IGLESIA *OFICIAL* con el pueblo fiel— se han convertido en fuentes de error que perturban a las almas, las confunden, las escandalizan, las desorientan, las sumergen en las tinieblas o las indignan e irritan.

Conozco algunas de estas «Hojas». Puntualmente —no RELIGIOSAMENTE— recibo la correspondiente a la —azotada por el progresismo— diócesis de Barcelona: ella me servirá para probar lo que he dicho. No voy a hacer historia de los años que lleva martilleando, domingo tras domingo, en las mentes, con la exposición de un EVANGELIO deformado que ha provocado la reclamación, en alguna ocasión, de explicaciones por parte de los fieles barceloneses; ni tampoco de la publicación de fotografías insidiosas de líderes del socialismo, ni de la precipitada publicación de NOTAS episcopales, redactadas ,queremos suponer, que no menos precipitadamente por la patente manifestación que ellas demuestran de falta de conocimiento de dolorosos, para todos, hechos ocurridos. No, digo, voy a ocuparme ahora de todo eso. Me limitaré a algo acaecido recientemente que pone de manifiesto lo que estoy probando: que el progresismo se sirve de determinadas «Hojas» para inducir a los fieles al confusionismo progresista, al error y desviación rayanas en la herejía. Nadie podrá negar lo que los hechos delatan. Ellos van dibujando los rasgos que han de mostrarnos la faz verdadera de la moderna herejía que está haciendo estragos en la Iglesia valiéndose de la piqueta AUTODEMOLEDORA.

Tengo ante mí las «Hojas Diocesanas» correspondientes a los domingos 8, 15 y 22 que siguieron a la publicación en Roma del gravísimo documento «Mysterium eclesiae». La «Hoja» de Barcelona —tan rápida en coger el avión en pleno vuelo, cuando de ciertas NOTAS se trata, para servir EN CALIENTE su contenido— ha perdido el TREN durante varias semanas para llegar con un retraso de veinticuatro días, en una especie de carromato del siglo VI, a dar a los fieles de Barcelona la siguiente versión del Documento RATIFICADO Y APROBADO POR PABLO VI, QUE *HA ORDENADO SU PUBLICACION*. Nada de *suplementos* tan prodigados generosamente por la «Hoja» con ocasión de meras cartas pastorales. Sólo lo que voy a reproducir. Mis lectores juzguen. Después de dar cuenta de la aparición del Documento en la «Hoja» *DEL 29 DE JULIO* y asimismo de la aprobación y ORDEN de Pablo VI referente a su publicación, la cumple de la siguiente peregrina forma: «El Documento ha sido poco difundido en España, acaso porque su publicación coincidió con la última Asamblea de nuestro Episcopado, etc.» En el resto del mundo, sobre todo en Europa —los subrayados serán míos—, HA AVIVADO LAS POLEMICAS QUE SUCITARA UN DIA EL LIBRO DE UN TEOLOGO SUIZO, HANS KUNG, SOBRE LA INFALIBILIDAD DE LA IGLESIA; AL MARGEN DEL CLIMA POLEMICO, SE ACHACA AL DOCUMENTO SU MENTALIDAD Y ESTILO NEOCLASICOS DELATADOS POR EL PROPIO TITULO —(el dolor que acusa el golpe asestado contra «LOS ERRORES ACTUALES» por el Documento)—, y prosigue, MENTALIZANTE, su labor la «Hoja»: «UN TEOLOGO —¡santo Dios!— y ESCRITOR *MUY AUTORIZADO*, EL PADRE WENGER, después de señalar las líneas maestras de este texto, de subrayar su lógica —¡atención, que ahora se desenvuelve la droga del papel de plata que la disimula!—, su oportunidad, etc. (siguen más elogios...). POR EL HECHO QUE INTENTAN EXPONER LA VERDAD Y REFUTAR ERRORES, DECLARADOS O LATENTES, CORRE EL RIESGO DE APARECER, EN SU LETRA, COMO UN ENDURECIMIENTO DE LAS POSICIONES TRADICIONALES DE LA IGLESIA Y DE HACER MAS DIFICIL EL TRABAJO ECUMENICO.» No quiero añadir nada a este texto delator, pero sí hacer notar que en otra página de la misma «Hoja», bajo el título en catalán de «ENSEÑANZAS DE LA IGLESIA», se reproducen unos fragmentos de la homilía del doctor Buxarrais en Málaga haciendo constar que se le ha trasladado de Zamora a una «SEDE MUCHO MAS GRANDE» —así escribe la «Hoja»— sin duda para hacer causa común, *en esas alentadoras noticias*, con el obispo en cuya jurisdicción tuvo lugar la conferencia del tristemente famoso padre Llanos, que tanto escándalo levantó, conferencia que cae de lleno en lo anatematizado por el documento «Mysterium eclesiae». Pobres barceloneses y de otras diócesis, obligados a recibir el PAN DE LA VERDAD QUE SE PARTE Y REPARTE EN ROMA desfigurado en papillas aptas sólo para *adultos posconciliares* o adulterado con excitantes salsas progresistas. Por eso, ¡ATENCION, CATOLICOS —y PUESTA EN GUARDIA—, a las «Hojas Dominicales», en las que se administra lo opuesto a la VERDADERA Y UNICA DOCTRINA CATOLICA!

VIRUTAS

Por LUCIERNAGA

¿Se puede saber por qué se tiene a los fieles sometidos al cerco del hambre por lo que se refiere al PAN que se distribuye en Roma para que sea administrado a los hijos de la Iglesia católica en el mundo entero? ¿Acaso porque el sabor de ese pan es «AMARGO EN EL VIENTRE de algunos? TENEMOS DERECHO a EXIGIR, y lo EXIGIMOS hasta donde podemos, que ese PAN se nos sirva INTEGRO E INTEGRAMENTE tal como lo reparte la Santa Sede en Roma.

● Nos enteramos por la prensa diaria que: «*POR ORDEN DE LA SANTA SEDE* NO SE PUEDE RECIBIR LA PRIMERA COMUNION SIN ANTES HABERSE CONFESADO LOS NIÑOS.» La Santa Sede —(prensa del jueves 2 de agosto) añade esa noticia NO RECOGIDA HASTA HOY 1 DE AGOSTO POR LOS INCONTABLES MEDIOS DE COMUNICACION QUE LA IGLESIA PROGRESISTA TIENE EN SUS MANOS— sale al paso, por medio de esta orden, de ciertas experiencias que desde hace dos años se venían llevando a cabo en algunos lugares en el sentido de admitir a los niños a la primera comunión sin que se confesaran antes, de modo que se ha operado en almas vivas, de pobres niños, ensayando en ellos una EXPERIENCIA que, por lo visto, ha producido resultados que obligan a intervenir a la Santa Sede ordenando que «CESEN TALES EXPERIENCIAS». Y los niños que han sido víctimas del fracaso de esas EXPERIENCIAS, ¿qué? ¿Quién podrá sanar un trauma que marca para siempre, a veces, la vida entera? Porque OPERAR en almas infantiles sin amparo, sin defensa, en almas rescatadas con la Sangre divina de Cristo, tiene, a pesar de todos los pesares, una extrema gravedad, indudablemente, infinitamente mayor que la que entraña hacerlo físicamente en los cuerpos.

También se precisa en la prensa del mismo día que: «LOS NIÑOS DEBEN RECIBIR LA PRIMERA COMUNION, ASI COMO CELEBRAR CONFESION, EN LA EDAD APROPIADA, al alcanzar el uso de razón, esto es, A LOS SIETE AÑOS. Sabido es que, con no sé qué pretexto, al tiempo que se introducía la EXPERIENCIA de hacer que los niños recibieran la comunión SIN CONFESARSE, se les retrasaba la recepción de Jesús Sacramentado hasta los OCHO, NUEVE Y MAS AÑOS... ¿Ignorancia? ¿Inocencia, y no de los niños precisamente? ¡ELLOS sabrán!

● ESPERAMOS la publicación, en las «Hojas Dominicales», del Documento que Pablo VI ha *ORDENADO* PUBLICAR. Esto ¡SI QUE «TIENE PODERES COERCITIVOS», señores obispos de la NUEVA IGLESIA!

No, no; ya no; la NUEVA IGLESIA, esa nuevecita, no la de eterna de Cristo, no busca la luz en el Sagrario, ni en el silencio y la soledad de la meditación y de la oración humilde; esta de AHORA es muy sabia y ha dado con una fuente mejor: LOS SIGNOS DE LOS TIEMPOS son el oráculo que actualmente procede consultar para orientarse en lo que concierne al gobierno del rebaño de Jesús. Así lo dicen *ellos* y así anda el rebaño...

La herejía del igualitarismo social

Por el P. Jesús ECHEVERRIA

Ya veíamos en el anterior artículo cómo Dios no es tan igual en el reparto de sus dones con todos los seres que él mismo creó. Las diferencias máximas se encuentran derramadas por todos los seres de la creación. Quién será capaz de decir a Dios, ¿por qué has hecho esas diferencias? Cristo, por su parte, no vino a subsanarlas ni, por supuesto, a hacer que desapareciesen las desgracias aunque sólo fuesen. No sólo dice claramente que «pobres siempre los tendréis con vosotros», sino que se atreve a predicar la bienaventuranza para los pobres, los que lloran, los que sufren, los que tienen hambre y sed de justicia, etc. El mismo escoge esta clase de vida, y esto pronostica para sus discípulos: «Vosotros —les dice— lloraréis y el mundo en cambio se gozará; pero vuestra tristeza se convertirá en alegría.» Sin embargo, de lo que hoy se trata no es de que se convierta en gozo el sufrimiento de toda la vida, sino de gozar toda la vida, desterrando de ella el dolor. Y aunque predicó la caridad, jamás condenó las diferencias sociales como para ponerles remedio aquí en la tierra, sino en la otra vida. Y si bien fustigó en ese sentido las riquezas, también se codeó con los ricos, se hospedó en sus casas e incluso, como nos dice el Evangelio, había personas que proveían a su sustento y que le acompañaban siempre.

Y si Dios, como vimos en anterior artículo, en su infinita sabiduría hizo tan diferentes a todos y todas las cosas, Cristo, en lo que le concernía, también hizo distinciones y tuvo acepción de personas. En su vida, que podríamos llamar privada, no era en todas las casas donde se recogía o se hospedaba; en Betania tenía sus predilecciones y sus remansos de descanso; si entre sus discípulos había uno especialmente amado del Señor, entre el común de los que trataba o a quienes atendía, hasta públicamente demostró sus diferencias en el afecto. Y así, ante la niña muerta hija de Jairo, no llora, y sí lloró ante la tumba de Lázaro; y esto hasta el punto de hacer exclamar a la gente que lo presenció: «Ved cómo lo amaba.» Y sobre todo en su vida pública, ¡cuántas diferencias manifestó! ¡Qué diferentemente acogía a los fariseos que a la pecadora, a la magdalena, a la adúltera! A unos curaba hasta sin pedírselo, y a otros se hacía de rogar y hasta les echaba en cara su falta de fe. La cananea tuvo que rogarle mucho y hasta postrarse delante de El cortándole el paso para que curara a su hija. Aun así se resistió a ello y hasta le dijo que no había venido sino para salvar a las ovejas que habían perecido de Israel, a lo que respondió la mujer: «Pero si hasta los perros comen de las migajas que caen de la mesa de los señores. ¿Por qué no me habrías de conceder este pequeño favor que te pido?» Y Cristo, ciertamente, se lo concedió, pero después de las súplicas de los apóstoles y la decisión y arrojo de la madre. Relatamos hechos, no juzgamos ni podríamos hacerlo con relación a los actos de Cristo.

Pero hay más: Cristo, desde su nacimiento y como Dios que era, para sí escogió no una madre cualquiera, sino una mujer INMACULADA, sin pecado original y al mismo tiempo VIRGEN SIEMPRE INTACTA. Para escoger a sus apóstoles no hizo ningún plebiscito ni ninguna consulta, los escogió a todos y cada uno de ellos a dedo; a algunos los distinguió, o por amor, o por el cambio de nombre o por otras atenciones de mando y preferencia en determinadas situaciones. No sólo escoge a sólo tres para que presencien la resurrección de la hija de Jairo, sino que a estos tres mismos los elegirá para que gocen de su transfiguración gloriosa en el Tabor, así como también de su agonía en aquel momento supremo del huerto de los Olivas, cuando se trataba, por decir así, de la redención del género humano. Si bien su predicación se habría de extender a todos los pueblos, El sólo predicó a los judíos. Y aunque predicaba en público, no pocas veces lo hacía por medio de parábolas, «para que —como El mismo decía— los que viendo no vean y oyendo no entiendan»; y después explicaba su significado a los apóstoles.

Pero sobre todo hizo distinción que habría de perdurar por todos los siglos en algo con lo que los hombres de hoy no se quieren conformar, y que tal vez por eso dio motivo a que se produjera el primer secuestro, según anunció la radio nacional, del Documento Pontificio, donde se preguntaba por el Santo Padre, la opinión de los obispos de todo el mundo sobre la actuación de la mujer en la Iglesia, VETANDO DE ANTEMANO Y PROHIBIENDO EL ACCESO DE LA MUJER A LAS ORDENES SAGRADAS PARA EJERCER EL SACERDOCIO MINISTERIAL. Y hemos de ver —y se ha de comprobar a través de los siglos o del tiempo— cómo TODAS LAS TENTATIVAS DE IGUALAR A LA MUJER CON EL HOMBRE BAJO ESTE ASPECTO se han de estrellar contra la decisión y la distinción que desde un principio Cristo hizo entre los hombres y las mujeres. Pues el informe de Pablo VI a las Conferencias Episcopales «excluye toda discusión en torno al acceso de la mujer al sacerdocio ministerial. Se trata, en efecto, de que la mujer no puede ser sacerdote por expresa voluntad de Jesucristo. Ha dicho más Pablo VI, si más se puede decir, que «esto quiere decir, y también hoy, que LA MUJER NO ESTA DESTINADA A TENER EN LA IGLESIA FUNCIONES JERARQUICAS DE MAGISTERIO Y DE MINISTERIO».

La herejía, pues, del igualitarismo social no tiene base ni en el Evangelio ni en la Sagrada Escritura del Antiguo y Nuevo Testamento. Tiene sí su fuerza, en la falta de fe, en no creer que Dios ha de recompensar a cada uno según sus obras; en no creer que Dios es justo y que no permite que seamos tentados por encima de nuestras fuerzas; en no creer, en fin, en las bienaventuranzas. Y sobre este punto del igualitarismo social bien claro se expresa León XIII en la «Quod apostólici muneris» contra los socialistas y afines que tratan de «engañar más fácilmente a los incautos» diciendo que «hay tan grande diferencia entre sus dogmas perversos y la purísima doctrina de Cristo, que no puede ser mayor». Y a continuación dice cuál es el igualitarismo según el Evangelio: «La igualdad de los hombres —dice— consiste en que todos, habiéndoles cabido en suerte la misma naturaleza, son llamados a la misma altísima dignidad de Dios, y al mismo tiempo en que decretado para todos un mismo fin, cada uno ha de ser juzgado según la misma ley para conseguir, conforme a sus méritos, o el castigo o la recompensa. Mas la desigualdad del derecho y del poder se deriva del mismo Autor de la naturaleza.»

Y si es cierto que lo que los hombres han establecido, los hombres lo pueden mudar o anular, no es menos cierto que la modificación o anulación que hagan, si puede ser para mejor, también puede ser para peor. Las leyes del tráfico y la misma autoridad provienen del hombre, ¿pero qué acontecería si se anulasen las primeras o se extinguiese la segunda? Así puede acontecer al dar al traste con tantas venerables costumbres y normas con que se ha gobernado o dirigido hasta hoy la sociedad, tanto en el ámbito religioso como social y tanto en la familia como en las maneras y modos de tratarse y portarse los hombres en el trato con los demás. Y si Dios —como vimos en el primer artículo— y Cristo han hecho tantas distinciones, incluso humillantes humanamente hablando, es porque la distinción o diferencia en sí no son malas. Y si hay derecho de combatirlas, también existirá el derecho de defenderlas, si así se juzga conveniente para el individuo y la sociedad, siempre que no atenten contra las leyes divinas y por lo menos en determinados casos contra las mismas leyes humanas.

PILDORAS

¿AUDACIA? ¿HIPOCRESIA?

Leemos en la prensa: «El presidente de la Conferencia Española de Religiosos ha solicitado la intervención del Gobierno español ante el de Brasil en favor de monseñor Casaldáliga, arrestado por las autoridades brasileñas.» ¿En qué quedamos? ¿El Gobierno español, «combatido ásperamente por el ala izquierda eclesial» es solicitado para suplicar a otro también «antiprogresista» que libere a quien cree culpable de ser el enemigo de su régimen? ¿Cómo se va a contradecir a sí mismo quien, a juicio «progresista», encarcela y persigue en su territorio a los voceros de la «libertad» y de «cristianos por el marxismo»? En Brasil no existe la exención judicial para obispos y clérigos. En esto nos llevan ventaja: están mucho más «aggiornados» que nosotros y se pueden codear con las «democracias más avanzadas». Que reúnan en Brasil una Asamblea Conjunta y pidan perdón, como en la nuestra, por no saber ser «ministros de reconciliación».

¡ADELANTE CON LOS FAROLES!

Un grupo de ex alumnos del seminario de Moctezuma, glorioso «in illo tempore», después de estar conviviendo con los actuales seminaristas y superiores JESUITAS, han dirigido una carta abierta a los obispos mejicanos denunciando el estado lastimoso en que lo han encontrado. «No hay meditación, misa común, rosario, visita al Santísimo. Los jesuitas sacerdotes no usan ornamentos en la celebración. En ocasiones especiales, sólo estola. Las «tías» y las «primas» son jóvenes o adolescentes «amigas» de los seminaristas. Pueden entrar ellas a los dormitorios, sentarse a comer con ellos; ellos pueden salir con ellas y jugar con ellas...» Y aquí hago punto, dejando la responsabilidad de lo denunciado a sus denunciadores.

Amigos «aggiornados» españoles, clérigos y laicos, asistentes o no, pero simpatizantes con las tendencias de la «marcha de El Escorial». ¡ADELANTE! Poco nos falta en muchos seminarios españoles para ponernos a su altura y velocidad. Que no se diga que nuestras «hijas hispánicas» nos dejan atrás. Aunque el de Moctezuma *ha cerrado ya*, no importa; su ejemplo perdura. Lo importante es «aggiornarse» y los pocos seminaristas que sobrevivan, que sean candidatos natos para el celibato opcional que muchos de vosotros habéis defendido.

ABRAZOS SIGNIFICATIVOS

Lo fueron, sin duda, entre otros, los que recibió con vítores un ex jesuita, en Barajas, por parte de otros que en su labor jesuítica «aggiornada» no han desmerecido del alabado. Pero hoy queremos resaltar el abrazo del canónigo malagueño en Madrid, escritor en un semanario gráfico de huecograbados *muy expresivos*, González Ruiz, al ex obispo de Avila, Romero de Lema, momentos antes de tomar en Barajas el avión que le depositaría en Roma.

No hay que olvidar que hasta hace muy poco la diócesis abulense estaba regida por dicho señor y que el documento «Cristianos por el socialismo» se ha difundido como fruto de una reunión en Avila. «Dios los cría y ellos se juntan.» La amistad de ambos viene de antiguo y no necesitaba ser confirmada por reuniones públicas o privadas. Y aunque la copaternidad del documento, de doctrina muy perniciosa, según el ordinario de Madrid-Alcalá, se la haya atribuido públicamente el mentado canónigo, «lo cortés no quita lo valiente», el afecto y el cariño es más fuerte que la misma muerte. ¿Semejanza ideológica? Eso pensarán los audaces; pero los más «audaces» dirán que eso no cuenta al calibrar «los signos de los tiempos».

T. V.

Ana-Catalina Emmerich y los tiempos actuales

Por M. M. E. 2

En 1807 vivió dos días en Flamske con sus padres, pero pasó largas horas arrodillada a los pies de su amado crucifijo de la iglesia de los jesuitas de Köesfeld. Estaba pidiendo a Dios Padre la paz y unión fraterna para su comunidad de Dülmen, ofreciéndole a este fin la dolorosa Pasión de su Hijo Jesucristo, cuando en un ímpetu de tierna compasión por los sufrimientos de su Esposo Celestial en la cruz, le pidió compartirlos. Inmediatamente recibió el ardor y el dolor de los estigmas en las manos y en los pies, sin las señales externas.

El 3 de diciembre de 1811, el Gobierno revolucionario de Jerónimo Bonaparte, rey de Westfalia, suprimió el convento de Dülmen y cerró su iglesia. Ana-Catalina, sin recursos económicos y débil de salud, fue acogida por una viuda pobre del mismo Dülmen en su casita, en la primavera de 1812. Allí vivía totalmente ignorada del mundo e íntimamente unida a Dios.

El 29 de diciembre de este año, durante un éxtasis, se le hicieron visibles los estigmas de las manos y de los pies y recibió la llaga del costado. En adelante vivía la Pasión todos los viernes, de diez de la mañana a tres de la tarde, con abundante fluxación de sangre de los estigmas. Desde este tiempo no salió ya de su habitación. Su organismo no admitía ya otro manjar sólido que la Sagrada Eucaristía: todo su alimento terreno será unos sorbos de agua y, algún día al año, unas cucharaditas de café con leche muy ligera o el jugo de una ciruela cocida. Toda cosa sólida acababa devolviéndola, a su pesar. Dice el abbé Manesse, exiliado de la Revolución Francesa, que trasladó a Ana Catalina del convento a la casita y la trató por mucho tiempo: «*Lo que nos extraña menos es que, a pesar de esta privación de todo alimento sólido, sor Emmerich no estaba en absoluto escuálida y conservaba siempre la misma robustez. La gran pérdida de sudor y de sangre, cotejada con esta ausencia casi completa de alimento, constituye, por confesión de los mismos médicos, un problema insoluble para la ciencia. Lo que acaba de confirmar el estado sobrenatural de esta hija es el resplandor que despide toda su figura: es tan brillante, sobre todo durante los largos y frecuentes éxtasis, que es casi imposible fijar la mirada.*»

Ana-Catalina procuró con todo empeño mantener ocultos sus estigmas, sintiéndose la persona del mundo más indigna de tenerlos, pero fueron descubiertos casualmente por una de sus hermanas de religión que la visitó el 25 de febrero de 1813 y divulgó al punto la noticia. Por marzo no se hablaba en Dülmen de otra cosa. El día 23 el médico de la comarca la examinó rigurosamente, quedando su amigo y defensor hasta el fin. El día 28 interviene el obispado, enviándose una comisión examinadora que actuó sin descanso hasta avanzado junio. Presidiala el ilustre pedagogo y rector del seminario teológico de Münster, canónigo Bernard Overberg (puede leerse su semblanza en el diccionario-enciclopedia Espasa) y formaban parte también tres médicos. El dictamen fue enteramente aprobatorio y unánime. Overberg quedó para siempre ferviente adicto de Ana-Catalina. Escribirá algunos años después a Klemens Brentano: «*Encomiéndeme, así como los míos, a las oraciones de nuestra santa mártir, de la que sería dichoso de poder besar una vez más las santa llegas.*» Cada año la visitaba, al menos una vez, por varios días.

Por su parte, el gobierno del rey Jerónimo envió también, desde Münster, al comisario general de policía, el francés M. Garnier, quien examinó a Emmerich el 4 de abril del mismo 1813, y certificó que no se metía en política ni profetizaba contra Bonaparte y que habían de dejarla en paz. Personalmente quedó profundamente conmovido, y todavía en 1826, en París, hablaba públicamente de ella con respeto y admiración.

Por último, en 1819 el gobierno del reino de Prusia ordenó hacer un proceso civil sin derecho alguno válido y con brutalidad: el 7 de agosto, a pesar del estado de postración que entonces padecía, se la sacó de la casita y se la llevó a otra donde sólo podía visitarla el confesor y donde fue vigilada día y noche y molestada de mil maneras hasta el día 29 en que se dieron por vencidos y la dejaron volver. Unas semanas después, en octubre, le dijo el Señor: TU ESTAS AQUI POSTRADA EN CAMA Y ERES PERSEGUIDA A FIN DE QUE MUCHOS ESPIRITUS SEPARADOS SE UNAN POR CAUSA TUYA Y MUCHOS LLEGUEN A RECONOCER SU ERROR.

Un año antes Mgr. Michel Saïler, obispo de Ratisbona, y el canónigo Overberg le habían presentado al escritor alemán Klemens Brentano; en cuanto ella le vio dijo que le conocía por una visión y que Dios le había elegido a él para ayudarla escribiendo las visiones de la Vida y Pasión de Jesucristo. Los varios obispos alemanes que la trataban, el doctor Overberg, su propio confesor, le habían pedido y ordenado que dictara todas sus visiones. Pareció llegado el momento. Con la autorización del arzobispado de Münster, el señor Brentano visitó a la vidente dos veces cada día hasta su santa muerte. Los manuscritos de Brentano abarcan la Vida y Sagrada Pasión del Señor, la Vida de la Santísima Virgen, la implantación de la Iglesia por los apóstoles, visiones sueltas sobre el futuro de la Iglesia, otras muchas visiones de importancia menor sobre historias de santos o de reliquias y un como diario de todo lo ocurrido a Ana-Catalina. A veces ella no entendía algunas cosas de una visión excesivamente recargada de detalles o cuyo marco político-social distaba muchos años del suyo hacia el pasado o el futuro, o no comprendía la utilidad de hacerle ver todo ello... «*¿Por qué es preciso que yo vea todo esto, yo miserable pecadora que no lo puedo contar bien y que no comprendo nada de ello?*—pregunta a su guía en julio de 1820 en vuelo sobre España—. *Entonces me dijo mi guía: Tú dirás lo que puedas. No puedes calcular la cantidad de gente que leerá eso un día y cuyas almas serán consoladas con ello, reanimadas y llevadas al bien. Hay muchas historias donde se cuentan gracias semejantes, pero a menudo no están compuestas como convendría, pues las cosas antiguas son poco familiares a los lectores y han sido desnaturalizadas con añadiduras inventadas. Lo que tú podrás contar será compuesto de modo satisfactorio y podrá hacer cantidad de provecho, del que tú no tienes idea.*»

Es providencial y singular el modo como conocemos las circunstancias de sus fenómenos pasionales anteriores a la llegada de Brentano. El 15 de diciembre de 1819 tuvo una visión detalladísima de todo lo que le había acontecido hasta entonces, pero presentado de tal suerte que creyó que se trataba de otra religiosa a quien habían ocurrido las mismas cosas que a ella, y supuso que vivía a poca distancia de Dülmen. Contó todos los destalles con un vivo sentido de compasión y humillándose a sí misma profundamente: «*Yo no debo quejarme más después de haber visto los sufrimientos de esa pobre religiosa: ella lo soporta todo tranquilamente y sonriendo. Es una vergüenza para mí el quejarme, siendo mucho mayor que el mío el peso que ella tiene que llevar.*» Sólo unos dos años más tarde supo que el personaje de la visión era ella misma, pero entonces ya habían desaparecido casi por completo los estigmas exteriores. Efectivamente, desde que aparecieron en 1812 no había cesado de pedir a Dios constantemente que se los quitara, por la insufrible confusión que le causaba su publicidad. Su oración fue atendida, en gran parte, a los siete años: en la Navidad de 1819 sólo quedaron en las manos y en los pies unas cicatrices blancas que se volvían rojizas en los días en que hubieron sangrado; pero no cesaron los dolores de las cinco llagas y de la corona de espinas. Ya sólo cada año en Viernes Santo se renovaba en su cuerpo la Pasión del Señor. Pero es notable que a media cuaresma de 1821 oyó en su interior, mientras oraba: «*Escucha bien: tú sufrirás el verdadero día de la Pasión, y no el día señalado este año en el calendario eclesiástico.*» El Viernes Santo de 1821 cayó en 20 de abril. Pues bien, el viernes 30 de marzo a las diez de la mañana perdió el sentido; su rostro y cuello se llenaron de sangre; su cuerpo apareció cubierto de cardenales semejantes a los producidos por latigazos; a mediodía extendió sus brazos en forma de cruz hasta dislocárseles; unos minutos después de las dos, gotas de sangre brotaban de sus menos y pies... Según esto, Nuestro Señor murió el viernes 30 de marzo del año 31, que ciertamente fue viernes y pudo bien ser 14 de nisán. El 20 de abril fue un día de contemplación tranquila, pero llegaron varios grupos de curiosos malintencionados, que hubieron de volverse chasqueados. Propalaron que la vidente «ya no sangraba más», y así fue que no llegaron curiosos en los años siguientes. Fue providencial.

Abrumada bajo el peso de la vida y de la misión que la Providencia le había impuesto, pedía con frecuencia a Dios que la llevara consigo, y muchas veces se la vió al borde de la tumba; pero añadía cada vez: «*¡Señor, no se haga mi voluntad, sino la vuestra! Si son útiles mis oraciones y sufrimientos, dejadme vivir mil años, pero hacedme morir antes que permitáis que os ofenda.*»

Sus cuatro años postreros abundan en sufrimientos por la Iglesia y en visiones de una futura gran crisis y tribulación. Así, durante una larga enfermedad que atravesó casi continuamente en éxtasis, gemía frecuentemente y hacía con su mano los gestos de uno que arranca hierbas. Una mañana aparecieron sus manos y brazos llenos de circulitos de picaduras de ortigas. Entonces rogó a todos los presentes, y por ellos a todos sus conocidos, que oraran unidos a ella por una gran intención. Al día siguiente sus dedos estaban hinchados y agrietados, como después de un trabajo excesivo; al preguntarle la causa, exclamó: «*¡Oh, he tenido que arrancar tantas ortigas en la viña! Los encargados de hacerlo solamente arrancaban los tallos, y tuve que arrancar yo, penosamente, las raíces de un suelo pedregoso. Los trabajadores que arrancan solamente los tallos, dejando subestar las raíces, son los que rezan negligentemente.*» Dijo después que las oraciones pedidas eran para muchas diócesis que le habían sido mostradas bajo la imagen de viñas devastadas, en las que había mucho que trabajar.

(Continuará.)

DICHOS Y HECHOS

Por Teodosio DEL VALLE

El docto obispo de Orense, Dr. Temiño, en su carta pastoral con ocasión del Año Santo compostelano, escribe: «Es un gran acierto comenzar por la evangelización como base para llegar a una auténtica reconciliación.» Eso mismo ha afirmado Pablo VI en la publicación del Año Jubilar, señalando como núcleo central de actividad la evangelización en la Fe. La Asamblea episcopal española se ha fijado la misma meta: la Educación en la Fe. Todos estamos de acuerdo. La Buena Nueva (que no es otra cosa, es el Evangelio de Cristo) ha de ser predicada íntegra y claramente. Don Marcelo, arzobispo primado de España y cardenal de la Iglesia ha señalado esta condición de claridad e integridad de la predicación, principalmente la episcopal, como imprescindible. «Es necesario acabar con los insufribles «slogans», capaces de engendrar equívocos permanentes, sobre todo cuando los emplea la Jerarquía, sin precisar nada». Y para no ser acusado de imprecisión o falta de claridad, él, que la está exigiendo a los demás, añade a continuación: «Me refiero a los términos Pluralismo, Corresponsabilidad, Iglesia Misionera, e Iglesia de Cristiandad, Pueblo de Dios, Profetismo, Testimonio, etc.»

Hay que ir, pues, por derecho a la evangelización de la Fe, con mayúscula, porque no hay nada más que una, la verdadera, la católica, apostólica, romana, tal y como la ha enseñado siempre la Iglesia y recientemente el Papa Pablo VI en el credo del pueblo de Dios desde la luminaria del Vaticano, y que tan «mala» prensa ha tenido en la «buena» prensa. Muchas páginas se han escrito en revistas y diarios, verdaderamente católicos, y no tan sólo en los rótulos de sus empresas editoriales sobre los peligros actualmente existentes en España respecto a esta Fe: pero como el mal subsiste, el confusionismo ideológico se extiende; como las denuncias concretas, con nombres y apellidos y con textos reconocidos públicamente por sus autores, se han despreciado; como los autores de una pastoral SUICIDA siguen en sus puestos claves adoctrinando falsamente *con silencio, mucho silencio* de las correspondientes jerarquías que los encumbraron y sostienen contra viento y marea, hemos de continuar *ladrando*, como perros vigilantes, repitiendo con Pablo VI la frase bíblica: *Custos, quid de nocte?*, que es al mismo tiempo reconvención y anuncio del castigo contra los vigilantes que se durmieron dando lugar a que el enemigo del buen sembrador y dueño de la campiña sembrara la cizaña en medio del trigo.

No sólo ¿QUE PASA? afirma esta introducción cismática y herética, mal que le pese a «Ya». Lo ha declarado también hace unos días el nuevo presidente de la Comisión Episcopal para la doctrina de la Fe, elegido en sustitución del invicto y preclaro obispo de Guadalajara, señor Castán Lacoma, en la última asamblea, sustitución anunciada *proféticamente* por el canónigo de Málaga en Madrid. Dice así el doctor Roca: «Creo que los errores que se mencionan en el Documento («Mysterium ecclesiae») reciente de la Congregación para la Doctrina de la Fe ciertamente están difundidos en grupos minoritarios en nuestro país.»

Parecía natural que este Dicasterio Romano fuera publicado íntegro y pronto por la prensa diaria de muchas páginas, que se precia de su catolicismo y vaticanismo. Juzgamos que tiene mucha más importancia que ciertas pastorales, para las que siempre hay cabida en sus folios. Pero no ha sido así. «Ya», tan solícito en todo menos en la publicación del Documento, arremete contra «El Alcázar», porque ha tardado diecisiete días en publicarlo íntegramente y en su preámbulo se extraña de que la gran prensa nacional no le haya dado la publicidad debida. ¿Por qué no lo hizo él que dispone de mucho más espacio para texto y anuncios?

Pero contra el aserto del obispo elegido presidente de la Comisión Episcopal última se atreve a afirmar, sin que nadie ose contrariarle, que «si de España hablamos, nuestro peligro inmediato es el de la indisciplina y no el de la herejía». Bien saben en el «Ya» la existencia de focos españoles que *con sordina y a medias frases* esparcen confusionismo en las verdades dogmáticas, porque aún no se atreven a hacerlo claramente y a banderas desplegadas. Pero el peligro, por esa razón, es mucho mayor y causa en el pueblo fiel un campo abonado para un segundo asalto en momento oportuno. La cizaña fue sembrada de noche, ocultamente, y su simiente quedó mezclada con la del trigo. Sólo después, cuando ambas crecieron, se pudo apreciar su existencia y la dificultad de arrancarla. Así ha ocurrido con todas las herejías y la actual, denunciada reiteradamente por el Papa y las Congregaciones Romanas, no es excepción. También el cardenal Tarancón lo ha dicho expresamente sobre el documento «Cristianos para el socialismo», sea fruto de una reunión en Avila o «en una localidad de España que no puedo revelar», como cínicamente afirma el canónigo de Málaga en Madrid.

Sea enhorabuena, a juicio de «Ya», este modo de proceder peligro de indisciplina sólo y no propiamente de herejía. Para el resto de los españoles no interesados como él y sus seguidores en esconder la cabeza debajo del ala, el confusionismo propalado por la minoría, a que se refería el obispo de Cartagena, entra de lleno en los peligros señalados por el discaterio «Mysterium ecclesiae».

En España hay también admiradores y propagadores de los «teólogos y pastoralistas» extranjeros que han defendido CLARAMENTE los errores dogmáticos censurados en el discaterio. También en revistas y diarios «católicos» se han anunciado y recomendado libros que los propalaban: la unicidad de la Iglesia, su sacerdocio ministerial jerárquico han sido combatidos o minimizados o expuestos confusamente con palabras ambivalentes que rozaban los límites de la heterodoxia, porque en la estrategia de largo alcance de algunos «hay que trabajar en silencio, porque si se hace ruido el vértice se da cuenta en seguida, se prepara y se pone a la defensiva».

Y a pesar de su pacifismo, lo aclaran con el ejemplo de la estrategia militar, de amenazar por un lado y atacar por el contrario. ¿Está claro, señor nuncio, señor presidente de la Conferencia Episcopal? Quien así se define no es traidor. En todo caso lo serán quienes conociendo su ESTRATEGIA de engaño no sólo no le desenmascaran, sino que le mantienen y defienden en sus puestos de docencia. Por eso, repetiremos siempre la frase de «Iglesia-Mundo» de hace varios años, que califica tal proceder de PASTORAL SUICIDA. Estamos convencidos de que machacamos en hierro frío, porque como estos confusionistas doctrinales son a la vez detractores del Régimen, se compensan ambas actuaciones, minimizando la una para conservar la otra. Pero al menos ahí quedan para la posteridad estas denuncias, no proféticas, como dicen ser las suyas, sino reales y actuales, objetivas y documentadas, como elemento de juicio imparcial y severo para nuestros sucesores.

A pesar de esta peligrosidad reconocida por sus afines o encubridores el Documento Romano, que ha sido divulgado y ratificado por los episcopados extranjeros más calificados, no mereció ser estudiado, ni comentado, ni dado a conocer al pueblo de Dios por la última asamblea, y, según confiesa el nuevo presidente de la Comisión Episcopal respectiva, «todavía no ha tenido tiempo de reunirse para estudiar su contenido; pero que a finales de agosto, con motivo de la celebración de la VI Semana de Teología en León, se reunirá la Comisión y podríamos (fíjese el lector que usa el verbo en *potencia*) estudiar ampliamente el contenido del Documento».

No podemos olvidar la reunión en Salamanca de una comisión de editorialistas, autores y teólogos, convocada por el ordinario del lugar, que aprobó el «Manual de la comunidad», a causa de la resolución tomada por la Comisión Episcopal de reestudiar su contenido. Su resolución es enjuiciada, como triunfo suyo, por el canónigo de Málaga en Madrid, González Ruiz. «Gracias al obispo de Salamanca, los autores hemos obtenido la restitución de nuestra fama.» Señor canónigo, creo que debe usted conocer la definición de la fama por Santo Tomás: la buena y la mala fama no dependen de un solo hombre, aunque sea obispo, sino de la multitud que enjuicia un acto o un escrito. Y si se pierde, es muy difícil recobrarla. ¿No recuerda la comparación tan conocida de que es tan difícil como recoger el agua clara vertida por un envase roto?

Y henos metidos, amado lector, de hoz y coz en las declaraciones del dicho canónigo a la revista contestataria italiana «Com», reproducida por su «Sábado Gráfico». Limitándonos por falta de espacio al escrito «Cristianos para el socialismo», tan censurado por el cardenal Tarancón, confiesa paladinamente: «Nosotros, cristianos (no dice católicos), nos encontramos también en movimientos socialistas de inspiración marxista... y sabemos que como cristianos debemos buscar la liberación del hombre y hemos aprendido que hoy esta liberación se hace a través de una operación socialista y adoptando también los métodos marxistas.»

Señor arzobispo de Madrid-Alcalá, no somos quién para marcarle sus obligaciones pastorales. No lo pretendemos. Sólo queremos constatar UN HECHO. Sus consecuencias y resoluciones consiguientes pertenecen al Derecho Canónico. Un canónigo, residente en su diócesis, se declara autor o coautor de un escrito que ha merecido su reproche completo. Públicamente dice que se encuentra enmarcado en movimientos no sólo socialistas denominación que, aunque a contrapelo, algunos conllevan adjetivándolo de socialismo católico (¿), nacional, etc., sino de INSPIRACION MARXISTA. Más aún, para liberar al hombre «adoptan los métodos marxistas». No vamos a repetir la condenación de esta POSTURA con documentos pontificios antivaticanos II.

El «Papa Juan» en su encíclica «Ad Petri Cathedram» (1959), dice: «Aquellos que quieran realmente conservar el nombre de cristianos tienen obligación grave de guardarse absolutamente de estas doctrinas tramposas, socialismo y comunismo, que nuestros predecesores, particularmente Pío XI y Pío XII han reprobado y que nosotros reprobamos de nuevo.»

Pablo VI desde la encíclica «Ecclesiam suam» hasta su carta al cardenal Roy, en ocasión del 80 aniversario de la «Rerum novarum», de León XIII, ha renovado la condenación del comunismo. Y últimamente, en solemne alocución a los obispos italianos, reunidos en su VIII Congreso, los ha felicitado por haber retirado su apoyo a la Asociación de Trabajadores Cristianos Italianos (ACLI), cuya actuación el Papa ha «seguido con amargura deplorando que la dirección haya querido cambiar sus estatutos y calificar políticamente su movimiento, escogiendo entre varias una línea socialista con sus discutibles implicaciones, peligrosas sobre puntos de doctrina y social».

Estos son los hechos y la doctrina de todos los Pontífices, incluido el actual. ¿Cómo los ve el Episcopado español y nominalmente el ordinario de la diócesis madrileña, residencia habitual del portavoz público del «Documento Cristiano por el Socialismo»? Porque es de resaltar que ha sido enviado a los «obispos, sobre todo a quienes forman parte de la Comisión de Apostolado Social». Añade el canónigo que «lo han acogido favorablemente y que han pedido aclaraciones que les han sido dadas».

¿Qué clase de aclaraciones son éstas? ¿Desvirtúan las afirmaciones rotundas de compaginar ideas y métodos socialistas marxistas y las que proceden del magisterio católico? No lo creemos, pues dejarían de ser ACLARACIONES para convertirse en RECTIFICACIONES. En todo caso, el pueblo español, cristiano y católico, exige ACLARACIONES y ACTUACIONES episcopales que seguramente no se le darán. ALLA CADA UNO CON SU CONCIENCIA Y SU RESPONSABILIDAD.

SATANAS EN LA CIUDAD [6] Por Marcel de la Bigne de Villeneuve

(SATAN DANS LA CITÉ)

-TRADUCCION DE MARIA ZAMANILLO-

(EDITORIAL CATOLICA ESPAÑOLA, S. A. SEVILLA, 1952.)

—¿Desea usted pedirme alguna explicación suplementaria acerca de este primer punto?

—A fe mía que no, le digo. He escuchado a usted con el mayor interés, y ya usted ha previsto las objeciones que podrían ocurrírseme. En la exposición que acabo de oírle he encontrado motivos para variar mi opinión, que era, lo confieso, precipitada y aventurada. Ahora veo bien que si se pudiera hacer algún reproche a la Iglesia sería el de reserva, mejor que el de presunción; el de retraerse, antes que el de acaparamiento. Es completamente contrario a la creencia general, que resulta falsa en este punto como en tantos otros, y me explico que muchos médicos concienzudos acepten y reclamen expresamente la colaboración del sacerdote, cuando su ciencia y su arte se les muestran tan deficientes. También me doy cuenta de que si los exorcistas emplean tan rara vez sus poderes, no es por falta de fe.

—En eso no hacen más que obedecer a la disciplina eclesiástica, cuyas prescripciones se fundan en un sabio discernimiento. El exorcismo es, en efecto, el supremo recurso para liberar a los desgraciados posesos; pero esto no autoriza, de ningún modo, para emplearlo a la aventura, ni aun en los casos dudosos, con el pretexto de que si no sirve de provecho, tampoco puede hacer daño.

Ciertamente que puede extrañar la extremada facilidad y la frecuencia con que se acudía al exorcismo en la primitiva Iglesia, y de la eficacia, en cierto modo, fulminante que manifestaba, lo mismo que el espíritu de ardiente fe que suponía. Mire usted, se interrumpió el señor Multi, abriendo por la página señalada uno de los libros preparados sobre la mesa, permítame leerle este pasaje tan sorprendente de Bossuet, en el segundo *Sermón sur les Démons*:

«Señores, dice el sublime orador, escuchad a Tertuliano en su admirable *Apologétique*. Echa en cara a los gentiles que todas sus divinidades son espíritus maléficos, y para hacerlos entender esta verdad les propone el medio de demostrárselo con un experimento bien convincente. *Edatur hic aliquis sub tribunalibus vestris quem daemone agi constet.* ¡Oh, jueces que nos atormentáis con tanta inhumanidad!, a vosotros dirijo mis palabras. Que se me emplace ante vuestros tribunales, pero no en lugar privado, sino a la vista de todo el mundo, y que lleven allí a un hombre que esté realmente poseído del demonio. Digo que esté poseído de veras, y que el hecho sea constante: *quem daemone agi constet.* Que venga entonces cualquier cristiano, no hace falta escoger mucho; el primero de los fieles que se presente allí: *jussus a quolibet christiano*, y si, en presencia de ese cristiano, el demonio no se ve forzado, no sólo a hablar, sino a declararos quién es, confesando su engaño, por no atreverse a mentir a uno de los fieles: *christiano mentiri non audentes*, entonces, señores, fijaos en estas palabras: allí, allí mismo, sin ninguna demora, sin más proceso, haced morir a ese cristiano imprudente que, de hecho, no ha sabido sostener una promesa tan extraordinaria: *ibidem illius christiani procacissimi sanguinen fundete*.»

Semejante desafío dice bastante sobre el poder reconocido al exorcismo en los tiempos antiguos, y nos demuestra que podría practicarle cualquier cristiano.

Poco después intervino la Iglesia para limitar su uso y le confió a los clérigos, y para demostrar, dice un antiguo teólogo, su desprecio por los demonios, dio este desagradable poder a los ministros inferiores de la jerarquía eclesiástica. Más tarde, la restringió progresivamente, y vigila el empleo que de ese poder se hace, cada vez con más rigor, para remediar los abusos que pudieran haberse cometido y para evitar accidentes enojosos. Hoy en día, da esa facultad a delegados especiales, escogidos entre sacerdotes ya probados sabios y con experiencia; porque en materia tan delicada e importante, la imprudencia podría tener, nos dice monseñor Waffelaert, graves inconvenientes, tanto para el paciente como para el ministro, «pues el exorcismo, por la fuerte impresón que produce, puede perjudicar un sistema nervioso que ya está alterado, y acabar de trastornarle. Es también un poderoso medio de sugestión y se expone a desarrollar, en un sujeto débil, costumbres morbosas; además, no hay derecho a emplear oraciones sagradas del *Ritual* sin grave motivo; es necesario que tengan un objeto».

Por su parte, el padre de Tonquédec, cuya experiencia es grande, puesto que ha ejercido durante veinte años las funciones de exorcista oficial de la diócesis de París, nos hace saber que ese ministerio puede presentar graves riesgos, sobre todo cuando se trata de histéricos muy agitados. El sacerdote no sólo esta expuesto a las más groseras injurias y a los mayores ultrajes, sino a tratos que la exaltación paroxística del enfermo puede hacer muy peligrosos.

Y, por fin, la aplicación del exorcismo fuera de su propio dominio, no sólo será estéril, sino capaz, eventualmente, de ridiculizar las ceremonias religiosas sin ningún provecho. Volvamos a escuchar al Padre de Tonquédec, contestando a la acusación de León Bloy, repetida ahora con nueva forma contra los sacerdotes que «han perdido la fe hasta el extremo de no creer en su privilegio de exorcistas y de no hacer uso de él», abstención que califica de «horrible desgracia y «atroz prevaricación». Con una modestia que refuerza el valor de su testimonio, añade el Padre: «Yo quisiera que los sacerdotes que profesan esa teoría —algunos hay— pudieran hacer pruebas de ella. Que recorran los asilos, pronunciando los exorcismos, y veremos el resultado. Y conste que no hablo *a priori*. Al principio de un ministerio, cuya competencia sólo se adquiere con lentitud, cuando yo avanzaba tanteando a través de un terreno vasto e inexplorado, me sucedió alguna vez, lo confieso con franqueza y arrepentimiento, el exorcizar a enfermos. El resultado fue lo que se hubiera podido esperar».

Es necesario añadir —cosa que parece ignorar León Bloy— que la Iglesia no ha repudiado, de ninguna manera, su antigua tradición. Muy al contrario, como va usted a juzgar, pues cualquier sacerdote y hasta cualquier fiel puede recurrir al exorcismo, si lo creen útil y oportuno. Yo diría que, sin duda, por el recrudecimiento comprobado de la influencia diabólica en el mundo, las fórmulas y oraciones han llegado a ser en nuestra época más numerosas y vulgarizadas que nunca. Inútil recordar a usted que León XIII ordenó que todo sacerdote que acaba de celebrar la misa tiene que recitar, en unión de los asistentes, una oración que constituye un exorcismo: «San Miguel, Príncipe de la milicia celestial, lanza al infierno, con el poder divino, a Satanás y a los otros espíritus malignos que para perdición de las almas andan esparcidos por el mundo.» Esta repetición diaria y constante prueba bien que el Papa deseaba hacernos comprender que la Iglesia está empeñada, al presente, en un combate incesante y más formidable que nunca, con el Espíritu de las Tinieblas.

León XIII publicó o reeditó, además, otras fórmulas de exorcismo: una reservada a los sacerdotes; la segunda, para ser fulminada públicamente en las iglesias, y la tercera, para uso de todos, difundida por orden suya y destinada, según la nota que la acompaña, para los casos «en que se puede suponer una acción del demonio que se manifieste ya por la maldad de los hombres, ya por las tentaciones, enfermedades, tempestades o calamidades de *todas clases*».

—Sea así, le he respondido. Sin embargo, no parece que se haya recurrido a estas observaciones, salvo para el ligero exorcismo del final de la misa. El público y solemne sigue siendo rarísimo, y, según hemos visto, acompañado de medidas de prudencia extrema, por no decir excesivas. ¿No se explicarán esas precauciones, al menos en parte, por la escasez de los casos de posesión propiamente dicha? ¿No es este hecho bien comprobado e indudable? Y es también, debo decirlo, uno de los que yo menos comprendo. ¿Cómo puede ser que en una época de extremada decadencia religiosa tal como la muestra, en la que el mal conoce los triunfos más extendidos y durables, la intervención visible del demonio sea más excepcional que nunca? ¿No será eso mismo una prueba de que muchas de las manifestaciones atribuidas a Lucifer no eran, en realidad, más que fenómenos puramente naturales, cuyas causas nos descubren ahora las ciencias positivas?

—Creo, responde el señor Multi, que usted presenta las cosas con un aspecto demasiado sencillo, y su sorpresa desaparecerá con algunas observaciones.

Es, a la vez, verdadero y falso, que haya, en apariencia, una disminución de las inhabitaciones espectaculares del demonio. Existen, muy numerosas aún, en los países alvajes, y los misioneros nos envían con frecuencia relatos extremadamente circunstanciados de ellas que no dejan lugar a duda. Donde parecen ser cada vez más raras es en las naciones de civilización cristiana antigua, y son varios los teólogos que no ven nada sorprendente en estos dos hechos opuestos. Dicen que entre los infieles y paganos, el demonio reina como dueño y señor y somete los hombres a su imperio, mientras que en los que guardan, mejor o peor, los principios del cristianismo, aunque hayan sido secularizados, Satanás se encuentra molestado y combatido eficazmente por los medios espirituales adecuados y, poco a poco, se ve obligado a ceder el sitio.

Como yo no puedo retener un ademán instintivo de protesta y de incredulidad:

—No crea usted, se apresura a decir el abate, que yo hago mío este razonamiento ni que juzgo serio su fundamento. Pueden presentársele bastante objeciones, y desdeño, sobre todo, el hecho importante a que aludía usted hace un momento. Se le puede contradecir con la comprobación, bien fácil entre nosotros, por ejemplo, de que la eliminación, cada día mayor, de la influencia cristiana en la vida pública del país y en la privada de los ciudadanos, coincide con un regresión de las manifestaciones diabólicas más impresionantes. No podría uno explicarse por qué Satanás no intensificaría sus ataques para conseguir una victoria más rápida y completa. Yo he reflexionado mucho acerca de este problema y creo entrever una explicación admisible. Pero va a separarnos algo de los caminos trillados que hemos seguido hasta aquí, y nos hará penetrar en un mundo en el que deberemos buscar el descubrir, bajo la égida tutelar de la teología, pero por nuestras iniciativas personales, una verdad generalmente desconocida, ignorada o velada para los mismos que la distinguen o adivinan. Si usted se encuentra con el valor indispensable para la exploración y tiene gusto en buscarla, el próximo día saldremos a la campaña. (*Continuará.*)